

Antología en blanco



Rafael Victorino Muñoz



El Taller **Blanco**
EDICIONES



ANTOLOGÍA EN BLANCO

© De los textos: Rafael Victorino Muñoz

© De la presente edición: El Taller Blanco Ediciones

Impreso en Cali, Colombia, enero de 2023.

Correo: eltallerblancoed@gmail.com

Facebook: El Taller Blanco Ediciones

Twitter: @BlancoTaller

Instagram: @eltallerblanco.e



Antología en blanco, de Rafael Victorino Muñoz, se distribuye bajo una Licencia Creative Commons AtribuciónNoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.

RAFAEL VICTORINO MUÑOZ
ANTOLOGÍA EN BLANCO

*

COLECCIÓN *COMARCA MÍNIMA*



El Taller **Blanco**
EDICIONES

CUATRO PALABRAS HACE SEIS MESES

Hace seis meses, una tarde, a eso de las 4:00 pm, yo estaba en mi casa. No fui a trabajar porque no tengo trabajo. Pero, de cualquier modo, rara vez estoy en mi casa en las tardes, y menos a las 4:00 pm, que es la mejor hora para no estar en casa. El teléfono sonó, y de seguro era para mí (la llamada), porque yo vivo solo. Pero las personas que me conocen (y que podrían llamarme por teléfono) saben que nunca estoy en casa durante las tardes, y menos a las 4:00 pm. Atendí. Al otro lado del hilo una voz de mujer, que me pareció un poco apagada (como sí la persona que hablaba estuviera muy cansada o acabara de despertar); dijo hola, en lugar del acostumbrado aló. Luego dijo mi nombre, lo que me confirmó que no era una llamada equivocada (creo que llegué a pensar en eso). También preguntó cómo estaba yo; o sea:

—Hola, Victorino, ¿cómo estás?

Tan sólo esas cuatro palabras (esas comas y esos signos de interrogación), y no sé por qué pensé en algunas cosas extrañas.

—Bien, pero, ¿quién habla?

Cuatro palabras también usé yo (las mismas comas y los mismos signos de interrogación), y en verdad no sabía quién podía ser. Mientras esperaba la respuesta (que tardó un poco en llegar) pensé que tal vez se trataba de alguien a quien no veía desde hacía tiempo, y por eso la pregunta (¿cómo estás?). Pero no podía ser (pensé). Recordé en ese momento que el teléfono lo habían instalado hacía pocas semanas (gracias a un amigo que trabaja en la compañía telefónica).

—Tú no me conoces— dijo.

Creí que íbamos a seguir con lo de las cuatro palabras, así que callé por un momento pensando en una respuesta de cuatro palabras (“Pero, ¿cómo te llamas?”, por ejemplo). Pero ella se me adelantó y dijo:

—Yo me llamo Sara.

En ese momento no me di cuenta que también había usado cuatro palabras. No me di cuenta porque me causó gracia: sus palabras parecían (me recordaron) lecciones de libro de primer grado. Dejé que hablara a ver si se aclaraba el asunto; yo no conocía a ninguna Sara, y esperaba que me dijera ciertas cosas: dónde (y cuándo) nos conocimos, quién le dio mi número, más algunas otras (aspecto físico, dirección, teléfono, tienes novio). Pero no me dijo nada de eso; de seguro pensó que bastaba con que yo supiera su nombre. Eso me disgustó.

Y así transcurrió el resto de la conversación: ella me preguntaba algo, yo le respondía; yo preguntaba algo, sólo silencio obtenía por respuesta. Así fue en esa ocasión. Así fue en las otras ocasiones; porque a partir de esa oportunidad ella adquirió la costumbre de llamarme (casi) todos los días, sobre todo a las 4:00 pm, lo que me obligó a estar en casa a esa hora a partir de la primera llamada. Ella siempre sabía en qué momento me encontraba yo en casa; varias veces sucedió que el teléfono comenzaba a sonar apenas yo cerraba la puerta al entrar. Pero en ninguna ocasión ella me dijo algo sobre sí misma: no me dio su número telefónico; no me dijo cómo era (su aspecto físico), salvo que eso no tenía importancia; no me dijo si tenía novio. La única pregunta que accedió a responderme fue *Cuál es tu signo*.

—Capricornio; pero, ¿qué importancia tiene eso?

Ya había dejado de usar sólo cuatro palabras para decir las cosas. Ya ella sabía toda mi historia, pero yo no conocía nada de ella: así que busqué a mi amigo de la Compañía Telefónica y él me consiguió el número de teléfono de donde me llamaba Sara y también la dirección de la casa a la que pertenecía dicho número. Pero yo no la llamaba ni la visitaba (tuve muchas dudas y reservas al respecto). Un día le propuse que nos viéramos en algún sitio, quería conocerla. Ella se disgustó y me dijo:

—Nunca más vuelvas a pedirme eso.

No sé por qué me lo dijo, si después de esa ocasión ya no volvió a llamarme. Pero de eso (que nunca más volvería a llamarme) sólo me di cuenta varias semanas después, cuando pasé muchas tardes esperando su llamada de las 4:00 pm. Pensé en llamarla, pero se podía negar a atenderme. Lo mejor era visitarla y darle la sorpresa. Llegué a su casa (gracias a la dirección que me había dado mi amigo de la Compañía Telefónica). Vi cómo mi dedo índice (de la mano izquierda), pulsaba (temblorosamente) el timbre. Abrió la puerta una señora y se me metió en la cabeza que era la tía de Sara (aunque ella nunca me habló de alguna tía, nunca me habló de nada).

—Buenas, busco a Sara— dije.

Estaba nervioso y no me di cuenta que había usado cuatro palabras.

—¿Sara...? Este... bueno, pase.

Ella también parecía nerviosa. También usó cuatro palabras, eso me inquietó aún más. Yo pasé y ella me ofreció asiento, me ofreció café o té. Me ofreció de todo, menos ir a llamar a Sara. Yo me senté y miré hacia el fondo de la casa, pensé en que tal vez Sara estaría en uno de esos cuartos. Observé detalladamente la sala, bus-

cando alguna fotografía de Sara, pero no había fotografías en esa sala. Cuando miré a la señora (la tía de Sara), vi que se había sentado frente a mí y pretendía sonreír:

—Y, ¿desde cuándo no veía usted a Sara?

No me gustó la manera cómo conjugó el verbo “ver”.

—Desde hace tiempo, acabo de regresar de un largo viaje— le mentí con naturalidad.

—Vera usted, Sara... ella...

Después de esas cuatro palabras, hizo una pausa. Ya no pretendió sonreír. Me miró midiendo mi posible reacción; yo no parpadeaba siquiera. Luego dijo:

—Murió...

En mi mente completé la frase para poder llegar a cuatro palabras: *hace seis meses*. En algún lugar de la casa, un reloj cucú marcó la hora; pero eran las tres, todavía faltaba una hora. Así que maté a la tía.

EL HIJO DE JENNIFER NO TIENE NOMBRE O ELLA NO ES LA MADRE DEL NIÑO

Jennifer se había sentado en un banco del parque. Como a diez metros estaba un niño de unos cinco años. El niño la miró y ella le sonrió. El niño no sonrió; sólo la miró de una forma rara, con una mirada vacía.

El niño se acercó. Jennifer tardó algunos segundos en darse cuenta que ella había hecho una seña con la mano.

El niño seguía mirándola.

—¿Dónde está tu mamá?, preguntó Jennifer.

El niño no reaccionó como lo habría hecho cualquier niño al oír la palabra mamá. Jennifer comprobó que no había nadie por allí cerca.

Tomó al niño de la mano y caminó hacia un grupo de personas que estaba como a unos cincuenta metros. Cuando se estaba acercando Jennifer vio a las personas y supo de antemano que no eran los familiares del niño. Sin embargo les preguntó. En efecto, no eran. No sabían quién podía ser la madre del niño.

Recorrió (Jennifer) todo el parque e interrogó a todas las personas y no encontró a la madre del niño, o a su hermana o tía.

Finalmente, regresó al mismo banco donde estaba sentada cuando vio al niño, con la esperanza de que eso ayudara en algo. El niño todavía no había pronunciado una sola palabra. Jennifer no insistía en preguntarle.

No pasó nada, sólo oscureció y Jennifer tuvo que irse a su casa (con el niño), tratando de no pensar en cosas extrañas.

Esa misma noche, y los días siguientes, Jennifer trató, por todos los medios a su alcance, de localizar a los padres (o tíos o hermanos) del niño: fue a los periódicos, emisoras de radio, plantas televisoras y, por supuesto, a la policía.

Pasó una semana durante la cual Jennifer se convirtió en una persona famosa. En su trabajo no dejaban de preguntarle, de incomodarla, de hacerla hablar, cosa que a ella no le gustaba mucho. El niño permanecía en su casa gracias a un permiso especial que le habían concedido: le permitían cuidarlo hasta que aparecieran los padres (tíos o hermanos).

Pasó otra semana. Y pasó otra semana. Después de cuatro semanas ya nadie le preguntaba por el niño. Todos parecían haberlo olvidado, incluyendo a la policía.

El niño seguía en su casa. Ella seguía llamándolo así: el niño. No se le había ocurrido colocarle un nombre provisional, por lo menos mientras aparecían los familiares, algo de lo que Jennifer dudaba mucho.

Jennifer no quiso buscar una guardería donde cuidaran al niño mientras ella estaba en el trabajo; aunque ella no vivía con nadie más y debía dejarlo en casa completamente solo todo el día. El niño parecía ser muy tranquilo y al parecer sabía cuidarse muy bien por sí mismo. Jennifer sólo lo veía cuando regresaba a almorzar, y en las noches.

Mientras comían Jennifer relataba (con lujo de detalles y cantidades de palabras que habrían sorprendido a sus compañeros de trabajo) todo lo que había acontecido durante el día en la oficina. El niño la miraba como si la entendiera, la miraba con esos ojos que a veces no se sabía si decían algo.

Después de cenar veían un rato la televisión, luego ella llevaba

al niño a la cama, le contaba una historia (que el niño oía sin oír) y se iban a dormir. Así todos los días.

Algunas veces, los fines de semana iban a algún parque; un parque cualquiera, escogido como sin pensar pero evitando alguno en especial.

Una madrugada Jennifer despertó y vio al niño de pie junto a su cama, mirándola de un modo distinto a como solía mirarla. Ella se asustó y le gritó diciéndole que se fuera a su cama. El niño obedeció sin decir nada.

Eso fue un poco antes del primer aniversario.

El día del primer aniversario Jennifer compró una torta de cumpleaños, la llevó a la casa y le dijo al niño:

—Hoy es nuestro primer aniversario.

Puso la torta en la mesa, sentó al niño en la mesa (frente a la torta), apagó la luz, encendió la velita de la torta, cantó el cumpleaños feliz (le pidió al niño que cantara él también, pero el niño no lo hizo). Cuando terminó de cantar le pidió al niño que soplara para apagar la velita. El niño no sopló. Ella trató de explicarle cómo se soplaban para apagar la velita de una torta de cumpleaños y sin querer apagó la velita. Ella aplaudió y le dijo al niño que hiciera lo mismo, pero el niño no aplaudió. Ella encendió la luz y miró al niño, éste la miraba como siempre. Ella lo abrazó, lo besó y se echó a llorar.

Una mañana, al irse, vio que el niño se quedó sentado en un sofá de la sala. Ese día, por un problema que tuvo en la oficina, no pudo volver a casa al mediodía. Cuando regresó, en la noche, vio al niño sentado en el mismo sofá en la misma posición que ella recordaba haberlo visto al irse, como si no se hubiera movido en todo el día.

En el transcurso de la siguiente semana ocurrieron muchas cosas: Jennifer renunció a su trabajo por razones que ella misma desconocía. El día domingo (de esa semana) Jennifer fue al parque con el niño; fueron al mismo parque en que ella lo encontró. Se sentaron en el mismo banco del encuentro, de la primera vez, y ella vio que el niño se ponía de pie y se alejaba un poco. Lo vio detenerse cerca de donde estaba sentada una mujer. La mujer le hizo una seña (al niño) y el niño se acercó. La mujer le preguntó algo que Jennifer no alcanzó a oír, pero imaginó de qué podía tratarse.

La mujer se levantó de su asiento, tomó al niño de la mano y caminó (o caminaron) hacia el banco donde estaba Jennifer. La mujer se detuvo frente a ésta; un poco tímida le preguntó:

—¿Usted por casualidad es la madre de este niño?

Jennifer no le mintió, le dijo que no. La mujer se fue con el niño, en dirección a un grupo de personas que estaban como a unos cincuenta metros.

ALBA PARA DOS CIEGOS

Era la sensación (más que la sensación, la certeza) de que nadie la veía, que pese a estar en un salón de clases con más de diez personas nadie la veía: ellos eran un grupo de ciegos. Pero no lo hizo con intención, fue sin querer, sabiendo que nadie la veía. Se acarició (sin querer) un seno (el izquierdo). Pero de inmediato se turbó, aún sabiendo que nadie la veía.

Fue eso mismo (la extraña excitación que le producía saber que nadie la veía) lo que hizo que venciera su pudor y, paulatinamente, fuera haciendo más atrevidas sus caricias, más intencionales. El grupo de ciegos seguía entretenido tanteando en el mástil hasta dar con el acorde Re. Alba (si) los veía y los corregía sin dejar (algunas veces) de acariciarse.

Luego su curiosidad fue en aumento, también su atrevimiento. Su pudor ya no era un estorbo. Un día, sin habérselo propuesto, dejó al descubierto uno de sus senos. Otro día, ya proponiéndoselo, se quitó la blusa y terminó así la clase. Alba sabía que nunca nadie entraba al salón luego de comenzada la clase, que, una vez concluida ésta, todos se iban caminando por el largo pasillo hasta la puerta. Nunca ninguno de los otros profesores de ese instituto (para ciegos) iba a su salón durante horas de clase. Difícilmente alguien podría pasar por allí casualmente en dirección a otra parte: después del salón no había nada más.

Sería eso lo que más ayudó a que fuera perdiendo poco a poco toda su ropa hasta el punto de terminar dando la clase completamente desnuda. Paseaba su desnudez ante todos los ciegos: le excitaba pensar que alguno estuviera fingiendo ser ciego y la viera sin decir nada.

Esta fue una idea que no surgió gratuitamente, era una sensación que tenía desde que viera por primera vez a Arnaldo. Arnaldo había sido uno de los últimos en incorporarse al grupo; llegó cuando ya muchos estaban bastante avanzados en el dominio del instrumento. Pero llegó en la época en que ella aún tenía ropa. Arnaldo daba la impresión de no ser ciego: cuando alguien le hablaba veía a la persona fijamente a los ojos; los suyos (de un color casi amarillo) no tenían aquel aire de cosa muerta que tiene la mayoría de los ciegos en sus ojos. Su orientación hacia los ruidos era casi perfecta. Aunque era ciego de nacimiento (ella lo supo revisando su ficha de inscripción).

Ella, con intención, se detenía más tiempo delante de Arnaldo con el pretexto de que él era el menos adelantado. Casi no podía disimular la turbación que le producía la mirada (muerta) de aquel hombre.

Un día, Alba, después de que se habían ido los familiares o amigos que a veces venían a acompañar a algunos de los ciegos (Arnaldo siempre venía solo, por lo menos hasta el salón), se dijo que no iba a desnudarse; ése era el momento durante el cual solía hacerlo. Hacía tiempo que había comenzado a usar ropas que fueran fáciles de quitar (en esa ocasión llevaba una especie de túnica hindú), y hasta había abandonado la costumbre de usar ropa interior. Así que era cuestión de segundos quedarse desnuda.

Sin embargo, se despojó de la batola. Sería la última vez, se dijo. Hacía algún tiempo que había comenzado a soñar cosas que, pese a no tener nada que ver, ella relacionó con su situación de exhibicionista. Pensó que alguien de un modo u otro se enterraba, que su empleo... Por eso se dijo que iba a perder esa costumbre trocada en vicio. Sería la última vez (por eso, tal vez, acaso, Arnaldo lo intuyó).

Ya la clase estaba concluida. Ella abrió la puerta y todos fueron saliendo, de uno en uno. Hasta mañana, profesora, y ella “hasta mañana”. Cerró la puerta y se recostó de espalda con los ojos cerrados, dejando escapar un suspiro cuyo origen no hubiera podido explicar.

Abrió los ojos para ver a Arnaldo sentado allí, en su silla, con los ojos fijos en todo su cuerpo, como si la estuviera viendo. De nuevo ella se preguntó si Arnaldo no fingiría ser ciego. Ella le preguntó la razón de su permanencia allí. Él no respondió. Se puso de pie y se acercó, firme pero sin poder disimular la torpeza vacilante de todo ciego al caminar. Ella pensó en huir, esconderse en la oscuridad que aquella habitación sería para Arnaldo. Pensó hacerlo, pero supo que su respiración la delataría. Además, algo la detuvo.

Él la alcanzó. Puso una de sus manos en el hombro de ella y la deslizó con cierta fuerza, la deslizó y la detuvo en uno de sus senos. Luego dijo. Lo supe por el olor, el olor de la desnudez. Ella no supo si creerle o si seguir creyendo que Arnaldo sólo se fingía ciego. No se dio cuenta que era la primera vez que él pronunciaba tantas palabras seguidas.

Ella dijo espera. Ella fue hasta el interruptor y apagó la luz. Ya los dos eran ciegos, deseando lo mismo.

SABOR A MÍ

—Ah, por fin apareces. ¿Dónde te habías metido?

Daniel voltea hacia todos; pero, salvo un perro de raza indefinible, que se empeña en orinarle todos los cauchos, no hay nadie por allí.

—Sí, es contigo, no te hagas el imbécil.

La autora de tales ofensas no es nada despreciable, así que se convence de una vez que difícilmente pudo haberla conocido y olvidado.

—Disculpe, señor...

—¡Victorino!, qué feo se te ven esos aparatos en los dientes. Además, ¿qué hiciste con tus lentes redonditos? Esos son los de un nerd.

He allí el detalle.

—Pero yo no me llamo Victorino, me llamo Daniel.

—Ah, sí. ¿Desde cuándo?

Desde 1970, cuando nací.

—Yo sé que a ti te gusta inventarte personalidades, pero deja ya la ridiculez.

—Mire, yo no la conozco ni sé quién es ese Florentino ni qué es, su esposo, su marido, equis. Así que deje de lado los insultos.

—Bueno, verdad que Victorino no tiene esa voz tan horrible; pero yo sé que tú te las das de actor.

—Bueno, lo que usted diga; pero me voy.

Abre la puerta y entra, pero la insistente mujer no lo deja cerrar.

—Suelte, señora... o señorita.

—Tú sabes que no soy señorita, tú sabes que contigo me hice mujer, ¿no te recuerdas?

Su voz es un susurro que se acerca.

—Suélteme, por favor.

—Ay, ¿no me digas que ahora eres gay?

—¿Está loca? Además, soy casado.

—¿Casado? ¿Cómo se llama tu esposa?

—Lorena.

—Lorena... Lorena... no me suena. ¿Cuál de tantas con las que me traicionabas? ¿Será la pelirroja?

—Me voy —dice, al fin logrando soltarse y cerrar la puerta.

—Espera, dame tu teléfono.

—Mire, señora, yo no ando repartiendo mi número; yo le soy muy fiel a mi mujer.

—Entonces llámame tú; todavía tengo el mismo número.

—¿Qué número?

Ella saca un labial de su cartera y escribe 9574231 sobre el parabrisas. Él, desde dentro, lo ve al revés. Por alguna razón le pregunta:

—¿Cómo se llama?

Ella le da un breve e intenso beso al tiempo que le dice:

—Tú me llamabas Giuseppina, mi amor, ¿ya se te olvidó?

Él no puede evitar la risa al oír el nombre.

—Así no eran tus besos, pero esa risa es inconfundible. Ya me encargaré de que los recuerdes.

—Mire, mejor borre eso de allí. Y no espere que la llame.

Ella se va.

Antes de llegar a casa tiene que pasar por un autolavado, para eliminar la evidencia.

—Aló, con Giuseppina—se le grabó el número.

—¿De parte?

—De Daniel.

—¡Victorino!

—No soy Victorino.

—Bueno, ven a buscarme.

—No sé dónde vives.

—Claro que sabes... Bueno, sigue con tu juego. Nos vemos en la avenida de los parques. A las 5:00 pm. Chao, Victorino.

No puede replicarle porque ya ha colgado.

—¿Por qué vine? No puedo hacerte esto, cielo —le habla a una foto de su esposa—Ya son las seis, me voy.

—¡Victorino! —es la loca. Entra al carro y le da otro beso, menos breve y más intenso.

—Ah, no. Bésame como antes.

—¿Qué le pasa?

—Ya sé, vamos a un motel y hazme el amor como sólo tú sabes hacerlo.

—Esto está yendo demasiado lejos.

—Está bien, si no quieres llevarme, lo hacemos aquí —y se inclina sobre su pantalón, abre el cierre y comienza a lamer, hasta que él casi grita, hasta que ya no aguanta, hasta que lo traga todo.

—Tienes razón, tú no eres Victorino —abre la puerta y desaparece antes de que él reaccione.

Daniel mira la foto de Lorena, imperturbable aún después de lo ocurrido en ese carro cuyo 50% le pertenece según el código civil, y piensa que tiene razón, él no es quien es. Mira la foto, suspira y redacta mentalmente una esquila de agradecimiento dirigida al tal Victorino.

CARREÑO Y EL KAMASUTRA

La imagen del ascensor como una especie de falo bajante y subiendo a lo largo del nicho (¿vagina?) del edificio, como coito de proporciones desmesuradas, se te antojaba artificiosa: cómo ver sexo en cosas tan inanimadas. Sin embargo, no dejaba de ser sugestivo (o sugerente) el hecho de saberte allí, cerca de aquella casi rubia (¿sería teñida? Los expertos aconsejan que, para comprobar la autenticidad de color de aquel color lo mejor es ver el monte de venus; claro que este vello también puede teñirse), rubia que parecía hecha de papel crepé, en aquel cuartucho (el ascensor), con la luz a media luz, con un espacio de más o menos dos metros cúbicos, sin tener a dónde correr, dónde escaparse, hasta tanto no se abriera la puerta, hasta tanto no se llegara al piso (planta baja, en esta ocasión) o hasta que subiera algún otro pasajero, un tercero no invitado que siempre está sobrando.

Como era lo usual, la rubia miraba algún punto indeterminable (la falda transparente, más sugerente: rima gratuita que le puso cadenas, grillos, cepos y rejas a la fantasía). El punto indeterminable del suelo del aparato: ¿cómo se le llamará? ¿Carro? Pensaste en la cajita donde los dos eran los últimos comprimidos, bajo prescripción no facultativa.

—Ascensor debe llamársele a toda la estructura, el nicho, los cables, pensabas imponiéndotelo, alejando las ganas de ser un perfecto loco incapaz de medir las consecuencias.

—Sí, debe ser todo —seguías en eso y fingías mirar el piso (aunque tu punto en el piso estaba más cerca del pie de ella, calzado con sandalias en concordancia con la falda), tú también (¿por qué “también”? ¿Acaso la rubia?). A la izquierda de su pie izquierdo, aún

sin salir del sistema métrico decimal, había una circunferencia de *chiclet* color tierra, llevada a ese color por las incalculables pisadas.

—La denominación incluye, además, cada puerta en cada piso, el tablero de control, los botones —uno de los cuales (ostentosamente rojo) dice STOP, lo cual induce a pensar que sólo pulsarlo y se atascaría el ascensor entre dos pisos, atascarlo en las kilométricas redes de la tentación donde dejarse caer, no nos libres del mal, etc. Pulsar el botón y atascar el aparato: aumento considerable del tiempo de viaje (señores pasajeros: anunciamos un retraso en el vuelo debido a), aumento que estrecharía repentinamente el espacio del ascensor, aún más estrecho puesto que hay lascivia: ya la rubia no tendría a dónde huir, ni en el tiempo ni en el espacio.

Se detuvo el ascensor, ¿fue tu hombro el que lo hizo, demasiado cerca del tablero? ¿Fue tu hombro el que aprovechó que la rubia se empeñaba en descifrar el enigma del universo mirando obstinadamente aquel Aleph? ¿Fue tu voluntad semi ayuda por algunos de los gratuitos vaivenes del aparato? ¿O fue algún demiurgo misterioso que quiso detener ese instante como no lo hiciera con Goethe? ¿O fue, simplemente, una breve interrupción del fluido eléctrico?

—Bueno, se detuvo —estuviste a punto de decir, como si hubieras estado esperándolo. ¿Estabas esperándolo?

—Se detuvo —dijo la rubia, con una voz que dejaba intuir una continuación como “el aparato éste, hijo de”, no decir nombre.

—Sí —respondiste por puro formulismo; además añadiste, a título de información adicional no requerida:

—Debe ser el fluido eléctrico —así, con ese léxico de periódico amarillista. Aunque deseabas que no fuera esa la causa: si

era eso entonces no se podría intentar nada, porque en cualquier momento se restablecía y...

A pesar de todo, la expresión de la rubia no era de disgusto (obviando las primeras palabras): tenía un aspecto agradable, casi navideño; además, ya te había visto a la cara, y tenía unos ojos color cielo-ven-a-vivir-un-día-pepsi, color de día de playa y belmont, comparte su suavidad, tu-tu tu-tu tu-tu tu.

La rubia quedó convencida con lo del fluido eléctrico y con ello fue de una vez descartando el uso de la alarma o timbre, timbre que alertaría a alguien, por lo general el conserje o la conserje, por lo general gallegos, por lo general llegan refuerzos, etc. En fin, al diablo la fantasía de declararse en huelga de turista caro, junto a la rubia con nacionalidad de vals de Sibelius.

Rápido, qué hacer, qué. Que no se mueva nunca el aparato éste, para que pase toda la eternidad y que cuenten los días arrancando las hojas de un Kamasutra de bolsillo tipos Garamond 9, 10 y 12 puntos, se terminó de imprimir en los talleres de, al atardecer del día séptimo, después de que el culpable de todo se acostó a dormir para no despertar hasta que suena la alarma del día del juicio final.

Mientras tanto hablar con palabras suaves de manual de Carreño, en edición de bolsillo nuevamente, esta vez tipo *Times* de nueve puntos, sin fecha de publicación. Hablar con delicadeza de entomólogo taxidermista, disecador de mariposas que sueñan ser Tzu y viceversa, trágicamente fallecido cuando recién cumplía los ciento cincuenta kilos. Bajar la voz hasta el umbral mismo de la perceptibilidad.

Hablar tan suave era tener que aproximarse, tener que aproximarse era tener que dar un salto desde la Caracas colonial que vio nacer al ilustre venezolano hasta las antípodas de los

lascivos orientales que en algún año de su calendario engendraron aquel libro tan frecuentado por aquellos que aman y anda dándole a la paternidad, tener que dar ese salto era tener que hacer saltar el broche del *brassiere*, tener que hacer saltar el broche era tener que oír preguntas como:

—Pero, ¿qué está usted haciendo?

El tono y el vocativo de la segunda persona insinuaban que la rubia siguió con lo del fastidiosísimo manual. ¿Es que no se daba cuenta que, mientras la tranquilizabas diciendo “ya alguien va a venir”, en el fondo, en la superficie, en las riberas, en la fosa de Java y de las Marianas, tú decías “muerte a todos los gallegos”?

¿Es que no se daba cuenta de que, cuando Carreño escribió el varias veces citado manual, no existían los ascensores y que, por eso, lo mejor en estos casos era improvisar? ¿Es que no sabía acaso que no hay nada tan relajante y tan tranquilizador como coito, palabra que tu brevísimo diccionario Sopena no registra, tal vez por pudor o por falta de espacio? ¿Es que no sabía que, mientras ella hacía la pregunta precedida por la conjunción adversativa, tú estabas sopesándole, con habilidad de perito, aquellos senos, palabra que, en tu citado diccionario, tiene unas diez acepciones, ninguna de las cuales está referida a las glándulas mamarias de la mujer, o a los montículos que las mismas forman? ¿Acaso no sabía que eran de verdad glándulas mamarias puesto que tú te empeñabas en retroceder un cuarto de siglo?

Anteriormente todos los *brassieres* tenían el broche en la parte de atrás; éste era un modelo más reciente. Por suerte, al igual que los demás de su especie, el *brassiere* contenía unos senos en su parte delantera. Por fin el broche saltó, se abrió. El *brassiere* derramó su contenido en tus manos, en tu boca. La rubia preguntaba qué estás haciendo. Besándola en la boca le dijiste “sólo los gallegos, los

bomberos o el establecimiento de fluido eléctrico podrán separarnos”, y fue tan largo el beso que le diste, etc. En un beso la vida. En sus muslos tus manos. En el aire tu falda. En caída su bikini. En el piso ambos.

El ascensor tenía menos de dos metros cuadrados en aquello que era un falso piso; pero no necesitaban más. Tal vez no tenían más que unos quince minutos, porque de seguro alguien (un gallego) ya habría notado que, y ya habrían llamado a los bomberos que estaban, por suerte, en el otro extremo del centro de la ciudad, y el tráfico les daba quince minutos; pero, ¿no necesitaban más?

No era una falla en el fluido eléctrico o había una planta de emergencia, porque seguía haciendo la misma luz o, más exactamente, la misma media penumbra. Sin embargo, pudiste efectuar la prueba recomendada por los expertos: en efecto, era rubia; aunque tinte es tinte y pelo es pelo.

Una vez efectuada aquella prueba, suelen venir otras: mejor ángulo, postura y/o posición para iniciar la penetración; resultado de la prueba: la clásica posición del misionero. Frecuencia de las arremetidas; resultado de esta prueba: 52,5 p.p.m (penetraciones por minutos), con un mínimo de 34,7 y un máximo de 79,1. Tiempo requerido para alcanzar el clímax (usaste este término aunque en tu diccionario sí aparecía el vocablo orgasmo); resultado de éstas: lo recomendable era que el tiempo fuera menor en dos minutos a la sumatoria del tiempo que emplearían en llegar y abrir la puerta los bomberos, mediante procedimientos demasiados engorrosos para ser descritos, abrirán la puerta y se vería que el aparato no estaba atascado entre dos pisos. Todo tenía que haber concluido dos minutos antes, para llevar la ropa a su lugar, desacelerar la aceleración respiratoria, etc. Dos minutos antes de haber terminado, dos minutos antes un orgasmo, sólo uno. Pero no, necesitaban más.

Luego vendrían las caras:

—la del bombero que abrió, la que te parió;

—la del imbécil que llamó a los bomberos, a lo mejor esperando que lo felicitaran o que el día siguiente alguno de los periódicos amarillentos escribiera, en una breve nota de 1 y $\frac{1}{2}$ col. por 6, su nombre, con los infaltables errores, claro está;

—la de la conserje, gallega, murmurando dios mío hasta más no poder, con ganas de abrazarte y besarte las mejillas;

—la tuya saliendo primero y olvidando, por segunda vez en el día, los consejos más pesados que haya escrito libro alguno;

—la de la rubia, aún mirando algún punto indeterminable, como era lo usual.

TEMA PARA DESHORAS

Quien esto suscribe, RVM, escritor para mayores referencias, ignora los medios de que se valió el niño Manuel Alejandro Jiménez, de once años, para conseguir y luego mantener en cautiverio un bagre (aquí debe ir el nombre científico), durante un lapso de tiempo que igualmente desconoce el precitado escritor. Este bagre, sin desearlo, se convirtió en el instrumento de venganza de Manuel y, al mismo tiempo, en cómplice de un hecho que muchos han dudado en llamar asesinato.

Fueron tres elementos: la venganza (o el deseo de), el bagre y una tradición de la Semana Santa. Fueron once los años que tuvo que vivir Manuel encerrado por orden de su abuela, Estelvina; aunque el niño sólo recordaba la rutina pasmosa de los últimos cinco de su breve existencia, desde los seis hasta los once: desde los seis hasta los once años su vida había sido levantarse a las seis menos cuarto; bañarse aunque la temperatura del agua aconsejara lo contrario o, por lo menos, el uso de calentadores que, huelga decirlo, no existían en aquella casa; desayunar en doce segundos con ochenta y un centésimas; salir corriendo de la casa en compañía de su abuela, corriendo ante la perspectiva de llegar tarde; llegar a la escuela y comprobar (con asombro por parte de Estelvina y sin por parte de Manuel) que eran los primeros en plantarse ante la puerta a esperar que dieran las 7:15 am, hora en que el portero abría las herrumbrosas puertas de madera (lo curioso era que, aún siendo de madera, tuvieran herrumbre); entrar tratando de olvidar el beso que debía depositar en la mejilla costrosa de su abuela; sentarse en el mismo pupitre; leer otra vez las iniciales y nombres que generaciones de estudiantes, fastidiados como él durante las clases de Educación Ciudadana de la maestra Ligia, habían grabado para

la posteridad; leer esos nombres sin decidirse jamás a añadir el suyo; después, las clases de Artística del profesor Obdulio (a quién se le ocurre llamarse así, se preguntaba siempre Manuel), las de Biología de la maestra Ana; el recreo, el banco, las piedrecitas arrojadas al rincón del patio, un fondo de algarabía y gritos ensordecedores del resto del alumnado del Grupo Escolar Estatal Juan Antonio Michelena, fundado en 1945, Moral y Luces son nuestras primeras necesidades; nuevamente en clases, las ganas de ser Meteoro en algún país del África, mientras el fastidio de las fracciones, los sujetos tácitos y la entonación en la prosa; hasta el timbre de salida: allí está otra vez su abuela, que lo toma de la mano mientras él se muere de vergüenza; al llegar a casa tiene que bañarse: aunque no se haya movido en todo el recreo, aunque sus glándulas sudoríparas hayan estado de asueto ese día, otra vez, no hay remedio, vaya a bañarse, apúrese para que almuerce; el almuerzo: ¿cómo hará esta señora? ¿Cómo hará para que todos los días se le quemen las arepas y las tajadas? ¿Cuál será el secreto para esa gelatina de espagueti, que uno tiene que cortar con el cuchillo en lugar de enrollar con el tenedor? Debe tener algún arreglo con el carnicero, para que siempre le venda grasa molida en lugar de carne molida.

El resto de la rutina, en la tarde: la costumbre de dormir la siesta, él lo sabe, la inventaron para que los niños no molesten durante un rato; pero, ¿quién puede dormir cuando toda la mañana no se ha hecho más que eso? Hay que quedarse tranquilo, fingir que se duerme. A las tres sale del cuarto y juega con el perro, un perro amarillento llamado Canelo, un animal que no tiene ningún atractivo particular; hasta que su abuela le dice que deje quieto a ese perro hediondo y él lo deja, porque no le agrada la idea de otro posible baño. A las cuatro y media un café con leche, pan o galletas. Entre las cinco y las siete, siete y treinta (dependiendo del humor

de los carceleros) está permitida la televisión. La cena y a las nueve ya tiene que estar acostado, para poder levantarse temprano, y cepílese bien los dientes, ¿oyó?

El resto de la rutina, fines de semana: sábado, en la mañana, ayudar con el mercado, ayudar en la limpieza de la casa; en la tarde-noche el horario de TV se hace más extenso, pero, ¿quién quiere ver Sábado Sensacional? Domingo: ir a la iglesia con su abuelo, en las mañanas y, en las tardes, misceláneos, es decir, visita a algún familiar que invariablemente dice “¿éste es Manuelito? Qué grande está”, y le toca la cabeza mientras él trata de sonreír, forzado por la circunstancia.

—La venganza: la intención era un susto, algo que fuera un desquite por tantas tardes desde la ventana viendo los juegos callejeros de futbolito y el vuelo de los papagayos; que su abuela se sintiera tan mal como él se había sentido. Con tanto tiempo para pensar (las horas muertas de la siesta, las clases de Biología), con tantas horas dedicadas obsesivamente a ello, el plan tenía que garantizar el éxito.

—El bagre: nombre vulgar de distintos peces pimelódidos del género *pimelodus*. Poseen un cuerpo resbaladizo, alargado, ligeramente aplastado en el dorso y en la zona ventral, desprovisto de escamas y terminado en una cola ahorquillada; su coloración general es parda, con el vientre blancuzco y, a veces, aletas negras; se caracterizan por su cabeza grande, cuerpo obtuso y cuatro barbillas; suelen presentar unas prolongaciones córneas a modo de bigote, en los alrededores de la boca, que le sirven como órganos táctiles con los que pueden explorar y hallar alimentos. La denominación de *bagre* suele estar reservada a los que habitan en el Río de la Plata y sus zonas tributarias, aunque se ha hecho extensiva a otros peces fluviales parecidos; normalmente prefieren

los fondos pantanosos y legamosos de los ríos tropicales. El de Manuel Alejandro era un ejemplar de la especie *Trachyorystes albicruz*.

—Una leyenda de la Semana Santa: todo aquel que bañare su cuerpo (ya sea bajo la ducha, en ríos, playas, pozos o con el tradicional perolito de agua), durante el día viernes (¿o es el jueves?) de la Semana Santa, en el mismo acto sufriría una metamorfosis que lo llevaría, de pertenecer a la ilustre especie del *homo sapiens*, a cualquiera de las especies de peces osteictios.

La tarde del jueves (o viernes) de la semana en cuestión, Manuel Alejandro, que había permanecido en su casa sin aprovechar el asueto (debido, principalmente, a que tenía que acompañar a sus abuelos a las innumerables e interminables actividades religiosas de esas fechas), entró al baño furtivamente. Amparado por la ausencia de observadores introdujo en el recinto un bagre (de la especie mencionada), que había mantenido en cautiverio durante un lapso de tiempo indeterminado y mediante acciones hasta hoy desconocidas.

Manuel Alejandro había olvidado ex profeso su toalla. Ese era el señuelo para atraer a la víctima hacia la trampa preparada. Cuando hubo abierto la llave de la regadera, hubo colocado al pez bajo el chorro de agua (distrayéndose por unos momentos con los agónicos coletazos del animal), llamó a su abuela desde la puerta del baño y corrió a esconderse en un lugar desde donde pudiera ver el desenlace de la escena.

—Abuela, tráigame el paño— fueron las cuatro fatídicas palabras que escucharía Estelvina Bolívar, sentada en una vieja silla de mimbre y ocupada en zurcir un calcetín recurriendo a la estrategia de colocar una bombilla eléctrica (dañada, por supuesto) dentro de la prenda. Sin abandonar sus pensamientos (que giraban

en torno al costo y al proceso de elaboración de una olla de arroz con coco), Estelvina fue al cuarto de su nieto y tomó una toalla, bastante sucia.

Ya Estelvina venía redactando mentalmente el regaño que iba a darle a su nieto por no haber lavado la toalla, cuando sus pensamientos se detuvieron al ver aquel bagre que todavía daba coletazos, cada vez más débiles. Se detuvieron sus pensamientos y se detuvo su cansado corazón de más de sesenta años.

Manuel Alejandro, quien aún no había pensado en la manera de decirle a su abuela que aquello era una broma, pero sí en el estoicismo que debía mostrar para soportar el inexorable castigo, al ver el giro imprevisto que había tomado su inocente travesura, huyó y nunca más se supo de él.

¿Cuál impresión habrá sido más fuerte para Estelvina: la causada por el hecho de que su nieto más pequeño se hubiera convertido en pez o la causada por la comprobación de la veracidad de la leyenda cuaresmal? Quien esto suscribe, RVM, escritor para más señas, desconoce asimismo la suerte corrida por el tercer protagonista de la historia. Sus escasas nociones de ictiología le impiden saber si esa especie es comestible, con lo cual podría inferir, acaso, una respuesta a tal interrogante.

CRISTO VIENE

Esa cosa que con absurdas pretensiones se hacía llamar edificio, además de carecer del ascensor (estaba sólo el nicho, pero no el aparato), tenía dos pisos adicionales: el del comercio y la mezzanina; en consecuencia, yo debía subir y bajar siete en lugar de cinco pisos, para llegar al vergonzoso trabajo en Bencomo y Asociados (nunca conocí a los asociados, sólo al tal Bencomo). A mediodía, ya en los umbrales, del segundo (o del cuarto) piso, oía la fanática voz:

—Porque Salmos 17.3 dice: “he resuelto que mi boca no haga trasgresión”, pero los políticos que gobiernan este país, hermanos, desconocen la palabra divina y sus grandes pecados ofenden al Señor.

Yo seguía bajando, con premeditada distracción, tratando de prestarle más atención, por ejemplo, al teclear de las estudiantes de CEVEPRO (siglas de Centro Venezolano de...), inclinadas sobre sus máquinas, con diligente estupidez. Pero la voz seguía allí, pegada al aire, con la viscosidad de un tubérculo pelado:

—Asimismo, el reino de los cielos es semejante a una red (Mateo, 13.47).

Cuando llegaba a la entrada del edificio, no sabía evitar mirar hacia el centro del carro. El sujeto, cuya voz superaba varias veces su tamaño, siempre tenía el cabello húmedo y viscoso y sonreía al verme, mostrando unos dientes nada esterilizados.

En una ocasión, una de esas muchas oportunidades que debía bajar a ver a algún cliente que, por razones obvias, se negaba a subir, el predicador trató de acercárseme, mientras clamaba contra los impíos (supuse que desconocía el significado de la palabra). Le

pedí al cliente (un joven que estaba demandando a una empresa por haber perdido una mano durante sus labores) que nos alejáramos. El predicador me preguntó si ya había buscado a Dios. Yo fui sincero: no sabía que se había perdido. El predicador invocó al cielo para que se me castigase, para que jamás conociera las maravillas que el señor tiene reservadas a quienes no se apartan de su lado. A partir de entonces su sonrisa de nicotina y su voz gelatinosa me perseguían como una bandada de murciélagos, hasta que yo desaparecía, en la esquina de la joyería.

Empecé a creer que Dios castiga de verdad a sus falsos profetas cuando bajé aquel día: la mañana había sido de asueto, ningún cliente molestando con el título supletorio de un rancho. Sólo Jazmín me sorprendió. Había venido a visitarme, me dijo, después de darse cuenta de que su novio la había plantado. Tuve que mandarla al diablo. Le dije que yo no era plato de segunda mesa (o viceversa) y que su nombre era horrisono, como los dibujos animados en blanco y negro, lo cual no entendió.

Aunque no me importaba (besaba bien, era lo único que sabía hacer), venía un poco turbado, como sucede cuando algo habitual cambia. Pensé que había sido la distracción por los sucesos, pero al llegar abajo lo confirmé: voz y predicador habían desaparecido. Más que alegría o alivio, respiré por vez primera el aroma de la plaza.

Al pasar frente a la joyería recordé el cumpleaños de Jazmín, la semana siguiente, el 20, día domingo. Me había pedido que le regalara un reloj. Yo había pensado dárselo. Pero, ahora, pensaba en lo que haría con ese dinero: me hacían falta unas gafas oscuras.

Por un sentimiento de extraña lealtad, llegó la quincena y no gasté el dinero. El lunes 21, cuando sonó el teléfono, preví que era ella: me dijo que me quería mucho y yo le dije que subiera; pero ella sugirió vernos en la casa de mi madre, mi motel diurno favorito, en

virtud de la ausencia de testigos y de mi inteligente decisión de conservar la llave después de la mudanza. Convinimos que al día siguiente, allí mismo en la oficina. Así tendría tiempo de comprar el reloj.

Ese día, 21, no había llegado aún al piso cuarto (o sexto) cuando una voz, que parecía la de un ser mitológico, me interrumpió en la planificación del discurso que acompañaría la solemne entrega del reloj:

—Porque han adulterado y hay sangre en sus manos y han fornicado con sus ídolos (Ezequiel, 23.37).

No me atreví ni a mirar el sitio donde el nuevo predicador hacía que se cimbrara, en su enhiesto monolito, el impertérito padre de la patria.

Jazmín se puso tan contenta con el reloj que me besó como sólo ella. Hicimos el amor en el sillón de Bencomo. Luego quedé exhausto y meditabundo: a intervalos oía el sermón, desde el quinto piso. (Ni siquiera el perfume que ella usaba podía alejarlo). Jazmín me preguntó si me pasaba algo. Inventé algunas cosas, pero quedé con la culpable impresión de haber empleado términos bíblicos (como fornicio, por ejemplo). Inventé una preocupación por la situación (pecaminosa) en que estábamos: ella no podía tener relaciones con dos hombres (aunque, según me juraba, no se acostaba con su novio), tenía que tomar una decisión (no recuerdo si usé la palabra “adulterio”).

Con una vulgaridad sólo comparable con el origen de su verdadero nombre (que aquí omito, por razones de eufonía), propio de los habitantes del remoto sur de esta ciudad, me preguntó:

—¿Qué quieres, que deje a Mario *pa empatame* contigo? *Tás loco.*

La mandé al diablo, pero esta vez le dije que se quedara por allá. Iba a completar una inmensa familia de epítetos infamantes y denigratorios, cuando sonó el teléfono: la aún más insoportable Lorena que, pese a verme todos los días en la universidad, también tenía que llamarme para saber cómo estaba yo, si había desayunado, qué tal estaba del tobillo, si iba a clases (qué más remedio), si habría disturbios, a qué hora llegaría (preferiría que nunca), si teníamos Historia del Español, si iría la profe, si también Lingüística, si no estaba el abogado en la oficina (ojalá no regrese), si no estaba con alguna mujer (no, mi amor, claro que no), que estaba un poco aburrida y como no tenía nada que hacer (lo cual ocurre todas las mañanas de su vida) me llamaba para saber cómo estaba, o sea, volvía a empezar.

Yo la frené: no, todo está bien, nos vemos en la tarde (ahí te pudras). Jazmín, entretanto, esperaba, con sus zapatos de apúrate, mijito, que tengo cosas que hacer. Como no recordaba lo último que le había dicho, le pregunté si iba a volver. Tal vez. Abrí la puerta.

No había luz en la oficina: el dueño del edificio, para correr a los inquilinos, que pagaban cánones irrisorios, los dejaba sin ascensor, luz, agua. Me molestaba la falta de electricidad: el ruido del aire acondicionado, en concordancia con lo desvencijado del resto, me habría protegido de esa voz que casi podía palparse.

Revisé los periódicos y revistas viejos. En un diario de la semana anterior me llamó la atención una nota sobre un posible paro de trabajadores tribunalicios. Eso significaba que tendría vacaciones; aunque yo quería renunciar: no quería estar allí cuando llegara la cuenta del teléfono y se supiera el número exacto de las 21 llamadas a Cristina. También faltaba uno de los escasos libros de la oficina: una amiga había tomado prestado un diccionario, desgraciadamente Cuyás, y yo me había peleado con ella.

El resto de esa mañana estuve con la vista fija en el hueco de la biblioteca donde alguna vez, tiempo ha, estaba un diccionario. Casi en la misma posición me llegó el 28 (cuando comenzó la huelga) y el fin de mes. Bencomo me pidió que trabajara sólo hasta el viernes 02: estaba cesante. Pero el desgraciado me pagaría hasta el último; quería robarme dos días.

Después de cobrar mi último sueldo, y sin esperanzas de indemnización (ya conocía lo marginal que era el sujeto), decidí no regresar más. Pero un profundo atavismo me atrajo a las costas donde el monolito de la plaza mayor luce como un faro que orienta a los borrachos, policías, músicos ambulantes, limpiabotas, meretrices y chulos de poca monta, paqueteros chilenos, estudiantes y, también, predicadores. Así me vi, conversando con el humo de los cigarrillos que había retomado y repitiendo el sabor a lluvia de otras veces, en uno de los bancos de aquella plaza tantas veces maldita.

Nunca, hasta esa mañana (con la excusa de regresar las llaves, pero con la esperanza de ver a Jazmín), supe la hora de llegada del predicador: las diez treinta, hora del reloj de la catedral, una hora olorosa a excremento de palomas. A su alrededor se reunieron los adeptos. Doce minutos más tarde reapareció el pequeño: tenía el cabello húmedo, como si se hubiera caído en la fuente cuando aún había agua. Venía con su columna de romeros o cruzados.

Una línea, imaginaria pero palpable, separaba los dos semicírculos en cuyos inexactos centros los dos predicadores, como si estuvieran entrenando, recorrían a velocidades desiguales sendas bíblicas: la del predicador bajito era negra; la del otro, roja. Este último, el de la voz insondable, en realidad no miraba las páginas que se sucedían en sus manos, miraba a su rival como si fuera a embestirlo. Fue él quien primero habló:

—Si yo echo fuera los demonios por Belcebú, ¿por quién los echan vuestros hijos? (Mt 12.27).

El segundo, dirigiéndose más a los seguidores de su contrario que a éste:

—Pronto se han apartado del camino que yo les mandé; se han hecho un becerro de fundición y lo han adorado (Ex 32.8).

Yo, instalado en la estructura de la retreta, observaba a un sujeto de cabello liso y aindiado, que no se sabía en cuál de los dos bandos estaba: además de tener un pie a cada lado de la línea imaginaria, cada vez que cualquiera de los dos predicadores soltaba un versículo, levantaba un puño y movía la cabeza, como si estuviera en un concierto de rock.

Los dos predicadores se acercaban el uno al otro. Se estrechaban los círculos, ya casi concéntricos. El becerro señaló al enano y dijo:

—Porque estas naciones que vas a heredar a agoreros y a adivinos oyen (Dt 18.14).

El pequeño, que tenía el cabello aún más viscoso, dio la orden esperada:

—Oye, Israel, vosotros os juntáis hoy en batalla contra vuestros enemigos (Dt 20.3).

Voz a la cual los dos bandos se echaron uno encima del otro. Pese a mi posición privilegiada no pude distinguir si se golpeaban o si sólo se endilgaban citas y latinazos. Se movían con la lentitud y la fantasmagoría de ciertos sueños, y con el mismo silencio algodónoso. La refriega duró un tiempo impreciso, hasta que llegó la policía y fue haciendo derivar la masa multiforme hacia las patrullas que estaban en la esquina del cine Imperio. Mientras era

arreado hacia allá, el *headbangers* tenía la cara demudada y los ojos en blanco.

Bajé de donde estaba y caminé hacia el sitio de la batalla. Una biblia, pequeña y azul, semidestrozada, era el recuerdo mudo de aquella escena inverosímil. Leí algunas líneas subrayadas, del Apocalipsis: “Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”. Junto con la biblia, arrojé al cesto de la basura las llaves de la oficina de Bencomo, como si estuviera en la escena final de *Casa tomada*.

JUST CALL ME WITCH

¿Qué pasaría si —tal vez porque el orgullo regresa de pronto y le haces caso y te vas— después de haber bajado la escalera maquinando algún destino impracticable, te das cuenta de que olvidaste la billetera, documentos, dinero, todo? ¿Qué hacer sino dar un par de vueltas o sentarse a ver qué? ¿Y dónde más sentarse sino allí, justo al frente, en el banco y en la plaza donde es más visible la entrada del edificio y viceversa? ¿Qué pasaría si no tienes siquiera las llaves, como parar aprovechar un descuido, entrar y tomar tus cosas, huir del lado de esa bruja, sin olvidar la precaución de tomar su foto de la pared y pisotearlo mascullando indecencias? ¿Qué sucedería si sólo es sábado y las esperanzas de verla salir se reducen al lejano lunes 8 am rumbo al trabajo? ¿Acaso no es fácil adivinarla detrás de las persianas espionando tu cara de fingida calma? ¿Acaso no habrá comprobado ya que estás sin disponibilidad de irte más lejos? ¿Acaso se ríe pensando en el momento, tarde o menos tarde, en que tendrás que tocar la puerta y doblegar el orgullo y que, al ver que lo haces, ella te perdonará magnánimamente, sólo porque con eso se siente en el Olimpo? ¿Acaso no es cierto que, sólo por ver ese momento y para asegurarse de que no fuerces la puerta o que le pidas la llave a la conserje (en lo cual ya habrás pensado), ella se abstendrá de salir? ¿No fue, después de todo, una suerte que, aunque la discusión y su consecuente decisión te tomara de sorpresa, estuvieras vestido como para salir? ¿Ibas a salir? ¿No lo recuerdas? ¿Y ésa que sale? ¿No es ésa la hija del gordo del tercer piso? ¿No está como para mandar al diablo tu impenitente fidelidad conyugal? ¿Acaso no has notado como te mira cuando coinciden en el ascensor o en la puerta de entrada? ¿Acaso no la has visto llegar tarde y con distintos sujetos? ¿Y por qué piensas ahora que ésta puede ser una buena ocasión para descubrir si la bruja tiene un

amante? ¿No será mejor, entonces, buscar un banco menos visible, a ver si se descuida? ¿No es una estupidez pensar así, puesto que la bruja no tiene más sentimientos que los producidos por la vanidad y que, si tuviera un amante, sería del sexo femenino y sería ella misma? ¿Esas cortinas moviéndose en la sala, no delatan su presencia fisgona? ¿No es cierto que es una morbosa? ¿Qué hora es? ¿Olvidaste el reloj? ¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Se habrá ido a la cocina, su lugar de los sábados en virtud de la ausencia de la mujer de servicio? ¿Recuerdas todo esto porque de pronto sientes hambre y extrañas algo y porque el banco de la plaza se endurece progresivamente? ¿Y ése que entra? ¿Un amante? ¿No es cierto que a este profesor del INCE sus gruesas corbatas le lucen como sábanas en su estrecha humanidad? ¿No es su caso más lastimoso que el tuyo? ¿No es tu esposa, por lo menos, bonita, a diferencia de la de él, mezcla infernal de bruja con gorila? ¿Venderías el reloj y, dado que es muy caro, luego de comer algo, podrías irte muy lejos? ¿A dónde? ¿No te desharías, vengándote de paso, de un recuerdo suyo, con sus odiosas iniciales: A. de Anabel (anaconda y cascabel), P. de eso mismo? ¿Será una imprudencia y una vergüenza pedirle crédito a la dueña del abasto de la planta baja, oriunda de Portugal, habitante del primer piso y vicepresidenta de la legión de brujas del edificio “La Rosaleda”? ¿No sería una vergüenza, también, que se enteren de que ustedes han discutido, y siempre lo hacen, aunque en voz baja para disimular? ¿No es una desgracia que haya 2.000 volúmenes en tu biblioteca y ninguno en tu bolsillo? ¿No es una suerte que ese periódico este allí en el otro banco, aunque sea un *Meridiano* de días atrás y aunque hayas dejado también tus lentes que ella ha amenazado con quebrar en más de una ocasión? ¿Por qué habrá tantas carreras de caballos? ¿El hipismo es un deporte? ¿Hay carreras de caballos en las olimpiadas? ¿Que significarán todas esas estadísticas, cifras y siglas? ¿Div. querrá decir

dividendos? ¿No son muy pequeños esos números para estar leyéndolos sin lentes? ¿Para qué leerlos? ¿Para entretenerte? ¿Hasta cuándo? ¿Cuánto piensas esperar? ¿Por qué no te habías preguntado eso antes? ¿No quieres pensar en eso? ¿No es ésta una pelea como las otras? ¿Por qué, entonces, no vas y tocas la puerta? ¿Estás seguro de que es la última vez? ¿No quieres pensar en nada? ¿Prefieres ver la sección de farándula? ¿Prefieres ver lo que se dice sobre las intenciones de Xuxa de embarazarse en el año entrante? ¿Cuánto costará una llamada a ese número de línea caliente? ¿Qué le dirán a uno? ¿Y ese billete? ¿No es una suerte? ¿Alcanza para comer algo? ¿Sí? ¿Y por qué piensas que alcanza también para cigarrillos? ¿Hace cuánto tiempo? ¿También por ella, como casi todo? ¿No es otra forma de liberarte de ese yugo? ¿Cómo está, señora Nohelia? ¿Cuánto cuestan los cigarrillos? ¿Me da una caja? ¿Te sientas en el mismo banco o buscas otro? ¿No hay ninguna diferencia? ¿Es mejor donde ella pueda verte? ¿No te sientes un poco mareado? ¿Será verdad que el fumar calma el hambre? ¿Cuánto puede durarte esta caja? ¿Ya serán las dos? ¿Estará durmiendo la siesta? ¿Por qué no haces tú lo mismo? ¿Cuánto tiempo habrá pasado? ¿Le preguntas a alguien que pase? ¿Habrá salido mientras dormías? ¿Te dormiste? ¿Sólo cerraste los ojos un segundo? ¿Te habrá espiado todo ese rato? ¿No te duele un poco la espalda, el cuello? ¿No extrañas tu cepillo de dientes? ¿No extrañas tantas cosas? ¿No es un poco raro extrañar cosas tan cercanas? ¿Hasta cuándo esperarás? ¿Hasta el lunes? ¿No sería bueno que saliera a visitar a alguna de sus marchitas compañeras? ¿Será que intencionalmente sólo tiene amigas simples y poco atractivas para que no te fijas en ellas? ¿Y qué vas hacer hasta el lunes? ¿Volver a leer el periódico? ¿Todavía tienes hambre? ¿Qué será peor: pedirle crédito a la del abasto o pedirle dinero a un desconocido que pase? ¿Por qué compraste los cigarrillos? ¿Quién va a darte dinero si no

tienes aspecto lastimoso? ¿Qué te parece si haces una prueba? ¿No será mejor dejar eso para después, cuando de verdad lo necesites? ¿Vas a desesperarte y no tienes ni cinco horas sin comer? ¿En qué momento se sentó ese anciano en el banco? ¿Hace calor? ¿Por qué la gente hace preguntas tan necias? ¿Qué importa que la conversación sea necia, si te ayuda a pasar el rato? ¿No es eso lo que quieres? ¿Usted no se acuerda cuando allí en la esquina quedaba el cuartel de bomberos? ¿Todavía no habías llegado- arrastrado por la bruja- a este pueblo con aspiraciones de ciudad? ¿Llegaron volando en su escoba? ¿Y usted no conoció al primer dueño del edificio? ¿Y usted no conoció a la fundadora-presidenta de la legión de brujas? ¿Usted se va a quedar? ¿Usted como que se peleó con su mujer? ¿Y usted como que no tiene nada que hacer, abuelo? ¿Por qué todos los viejos son tan necios? ¿Cómo será la bruja y tu cuando lleguen a esa edad? ¿Tú en la cárcel y ella sepultada, fallecida cristianamente a manos de su cónyuge? ¿Uxoricidio es que se llama? ¿De dónde habrá salido ese término? ¿No estarás exagerando un poco lo malo? ¿No hay algo bueno entre ustedes? ¿Qué pensarán los Morales, los Fernández, si te ven llegar hasta su casa, a pie, sin tu esposa? ¿Se darán cuenta de algo? ¿Les dirías? ¿Te invitarían a cenar? ¿Cómo es que se hizo de noche y no te diste cuenta? ¿Estará sorprendida de ver que resistes tanto? ¿Existirá alguna relación entre el no comer y esta somnolencia? ¿Hace frío, tanto como para ponerte la chaqueta? ¿Otro cigarrillo, porque el hambre arrecia? ¿Ahora sí son bastantes horas sin comer? ¿No será mejor caminar un poco? ¿Por aquí se llega al centro de esto que llaman ciudad? ¿No te resulta extraña la ciudad sin el carro, a paso de peatón? ¿Por qué no tienes una esposa como ella? ¿Será igual de bruja? ¿No será mejor evitar la vía de esos restaurantes? ¿Será buena idea caminar bastante para cansarse más? ¿Por qué quieres cansarte? ¿Y si la bruja aprovecha y se va? ¿A qué hora vas a regresar? ¿Y si trae a su amante? ¿Otra

vez con esa estupidez? ¿Ya serán las diez? ¿Vas a regresar? ¿Cuánto te tomó llegar hasta aquí? ¿El terminal de autobuses está cerca? ¿Allí no habrá bancos menos duros y menos fríos? ¿A todas estas personas les pasará lo mismo que a ti? ¿Es que no hay un solo banco desocupado? ¿Qué huele tan mal? ¿Será este señor tan sucio? ¿Y si te ve algún conocido? ¿Se lo contarías todo y le pedirías ayuda? ¿No te avergonzaría? ¿Y si te ve tu jefe? ¿Esa gente se va y deja esos panes? ¿Tampoco te avergüenza? ¿No es verdad que eres un tipo poco acostumbrado a estos trances y, por eso, no aguantas mucho? ¿Otro cigarrillo antes de dormir? ¿Cuántos te quedan? ¿Suficientes hasta el lunes? ¿Extrañas tu cama? ¿Es la primera vez, en cuántos años, que duermes solo? ¿No quieres pensar en nada? ¿Por qué te despiertas tan temprano? ¿Tienes algo urgente que hacer? ¿Y ahora? ¿De nuevo a la plaza, a tu banco? ¿Habrá salido? ¿Cómo saberlo? ¿Y si llamas por teléfono y esperas que ella descuelgue, pero sin hablarle, sólo para saber si esta? ¿También olvidaste la tarjeta telefónica? ¿Por qué estará tan sola la calle? ¿Será que se murió todo el mundo? ¿No es agradable pensar que ella tiene que sacrificar “su” domingo, el domingo de levantarse a las diez u once, de recibir el desayuno en la cama y sentirse Cleopatra? ¿Todavía dormirá? ¿Está aún encendida la luz de la cocina? ¿Será que tú trabajas para pagarles a los de la compañía eléctrica? ¿Será eso lo que ella cree? ¿Estará espíándote? ¿Estará mirándote con odio porque le desordenas su rutina? ¿Vas a pasar otra vez todo el día leyendo periódicos, intuyendo su espionaje a través de las persianas? ¿No te gustaría que fuera de una vez lunes y sonreír con el orgullo de los triunfadores viendo que ella se va al trabajo? Pero, cuando llegue ese momento, después de entrar, gracias a la conserje, después de pisotear mi foto, llamándome bruja una vez más, te vas a sorprender y a sentir confundido al descubrir que yo me adelanté y te dejé.

EL ORDEN DE LOS SAURIOS

—Mamá, dile a Joseíto que...

La mujer no se levanta de la cama, casi nunca lo hace. Lleva algún tiempo así, postrada por la enfermedad, un poco ciega y bastante debilitada. Como puede, bosteza maternalmente:

—Cielo, deja a tu hermano.

La ausencia de supervisión ha determinado que los dos hijos (uno de once y otro de trece) vayan criándose azarosamente. Armando, el mayor, el encargado de la única fuente de sustento familiar (una venta de bambinos, refrescos y maltas), es acaso un poco más responsable. Pero el otro sí hace lo que le viene en gana; además, se ampara en la inmunidad de hermano menor para tiranizar a Armando.

—Pero, mamá, Joseíto... míralo.

La mujer no puede mirarlo, ya se durmió (tantas pastillas).

—Está bien, toma tu vaina— el menor transige.

Pero, antes de separarse, le suelta un escupitajo en la cara al mayor. Este llega al límite: un bate, que ya comienza a oxidarse por la inactividad (se retiraron de la escuela de la Polar por la enfermedad de la madre), está allí, al alcance. Armando lo toma y, con el mismo impulso que trae en el giro, le asesta un golpe en la frente al hermano. El instrumento se cimbra; el sonido es extraño, como si hubiera golpeado algo de metal. Con los ojos en blanco y un bulto, de un color que comienza a parecer morado pero que aún no lo es del todo, Joseíto casi lánguidamente cae hacia atrás. El golpe al dar con el suelo habría bastado, de no haber estado ya muerto.

El silencio que sigue a la escena, durante un lapso de tiempo inmedible, es interrumpido por el inicio de uno de los ciclos de encendido de la nevera-cava donde se guardan los refrescos. Armando decide, con intuitivo pragmatismo, guardar el cadáver en aquel refrigerador antes de salir huyendo.

El tiempo que le toma colocar las botellas hacia un lado, para abrir espacio, le permite calmarse un poco. Le resulta difícil doblarle las piernas, para que pueda caber completo. No quiere mirar cómo quedó el trabajo; no mira.

La Gorda, una vecina que piadosamente les da de comer desde que enfermó la madre (autoasignándose la misión de controlarlos), está en el patio de su casa, lavando. Es visible desde la calle y viceversa. Armando espera que se vaya al interior de la casa: tiene que evitar sus preguntas.

Sube la cuesta, en lugar de bajar. Se sienta en una piedra que tiene forma de campana achatada, volcada de costado. Piensa que quizá podría dedicarse a recoger latas y perderse entre los vericuetos de la ciudad, que se ve allá abajo, como adormecida en el bochorno de la tarde. En las manos siente aún el extraño cosquilleo del golpe. Sin que nada lo hubiera anunciado, y sin que quiera evitarlo, el llanto fluye.

Recuerda otras ocasiones en que había llorado tanto: cuando la abuela falleció, indecorosamente sentada en el *water closet*; aquella mañana de un domingo, cuando despertó y descubrió que todos se habían ido a la playa, tal como venían planificando desde hacía días. Regresaron casi de noche, le contaron que no se habían divertido mucho; no les creyó, pero se abstuvo de decirlo.

Oscurece. La huida, así sin medios, es más difícil. Se recrimina por no haberlo pensado en su momento y por haber perdido el tiempo llorando como una niña.

La casa está tan silenciosa como cuando se fue. Gracias a eso la madre oye que abren la puerta.

—Por fin llegaron. ¿Dónde andaban?

Armandito se asoma a la habitación.

—Estábamos jugando béisbol— le dice, con tal aire de inocencia que la mujer sonrío. Antes de que haya más preguntas, sobre todo la inevitable, suenan golpes en la puerta. Alguien que viene a comprar: se acerca la hora de la cena y aumenta la frecuencia de los clientes.

—Una Chinotto— dice una de las Vampi; son cuatro hermanas, de nueve a trece, feas como unas lagartijas.

Él va corriendo a buscar el refresco, sintiéndose atravesado por miradas empalagosas. Abre la nevera y trata de no voltear hacia donde está su hermano; sin embargo lo hace: por un azar morboso el rostro quedó mirando, con sus ojos en blanco, hacia la portezuela que abre Armando. Éste la cierra, con más violencia de la necesaria, prometiéndose que cambiará el cuerpo de posición en cuanto sea posible.

La Vampi le soba la mano al darle el dinero y al recibir el cambio. Con todos procede de igual manera, no se sabe de quién está enamorada: de él, de Joseíto o del Chino, colega de apedrear perros y tumbar mangos.

A la Gorda, cuando viene, debe decirle que su mamá está dormida y que a Joseíto le duele la cabeza: como se cree de confianza, abre la nevera y revisa todo cuanto puede. De sus manos recibe, en la puerta, la comida y unas ramas de repugnante olor “que son muy buenas y que las tome antes de acostarse” (como si alguna vez se levantara).

Después de poner la sopa de pichón, también muy buena, al alcance de la madre (en verdad está dormida: duerme unas veinte

horas diarias), Armando come, sin dejar de ver el asiento vacío frente al cual está la ración del hermano. Siente que va a llorar otra vez, pero se contiene. Un perro comunitario, que entra en todas las casas de la zona, es el beneficiario del plato sobrante. Mientras contempla al animal, que engulle como si temiera que todo fuera a desaparecer de un momento a otro, piensa en la huida: el dinero que tomó de los refrescos es insuficiente; la noche no es muy recomendable, la policía puede detenerlo y llevarlo a su casa (como hacen con los menores que deambulan hasta tarde).

Salir en la mañana, al colegio, y la estadía allí, no resultan un problema: un día de ausencia (por parte del hermano) no es tan grave. Claro que lo notan raro: no quiere jugar beisbol; ni siquiera lo tienta el hecho de que por fin van a jugar con un bate de verdad y no con el palo que le quitan a la escardilla.

Al regresar, tiene que sortear el peligro de la Gorda, que sí podría extrañarse por la inasistencia de Joseíto. Cuando abre la puerta, la madre dice, invariablemente:

—Llegaron, gracias a Dios.

—Bendición— dice Armando.

—Dios lo acompañe. Y Joseíto, ¿no pide la bendición?

Queda paralizado, con la puerta sin cerrar. La madre insiste:

—Ah, ¿qué le pasa? ¿Es que está bravo conmigo?

El menor es su favorito inconfesado. Como puede, Armando imita tímidamente la voz del hermano y pide la bendición. La madre responde, no sin cierto matiz dubitativo. Luego se autoconvence: ya está creciendo y le cambia la voz.

Después del almuerzo (cualquier cosa: una arepa y un huevo; la bondad de la Gorda se limita a una comida diaria y a su labor de

espía), despacha al señor del camión de refrescos diciendo que su mamá está mejor, que su hermanito está por ahí, echando broma, que venga el sábado en la mañana. También tiene que deshacerse de Conejo, el compañero del hermano: le dice que Joseíto está castigado porque se portó mal; pero el Conejo, en su plañidera insistencia, se deja oír por la madre:

—Déjelo que salga— le grita desde la cama

El Conejo ríe, con sus dientes de roedor. Armando le dice:

—Si no te pierdes ahorita mismo ya no te van a decir el Conejo sino el Hipopótamo.

El Conejo huye, recordando la ocasión en que Armando y el Chino sepultaron bajo un montón de piedras al neurotizante perro de la Evangélica. Luego, fingiendo nuevamente la voz del hermano (ya le sale mejor), grita:

—Bendición, mamá— y cierra la puerta.

Gracias a esa maniobra podrá estar tranquilo el resto de la tarde. Piensa en el cadáver y va hasta la nevera: allí está, ahuyentando su temor de que hubiera desaparecido. Lo contempla, ya sin mucha desazón y hasta con cierta curiosidad. La madre interrumpe su inusual distracción:

—Armandito, póngame a calentar agua.

Hoy es día de baño; eso favorece las cosas: puede aprovechar que ella se levantará de la cama para rebuscar debajo del colchón y tomar el dinero que esconde allí. “Más que suficiente”, piensa con el paquete que no se molesta en contar.

En la tarde vuelve a fingir la voz del hermano. Pero la madre insiste en echarlo todo a perder:

—Bueno, Joseíto, ¿usted no piensa venir a verme?

—Ya va, que me voy a bañar.

Las frases muy largas le dificultan la imitación. Por eso se inquieta antes de oír la respuesta, que tarde en llegar (ya por suspicacia, ya por molestia, o por ambas):

—Está bien.

Tiene que irse. Ya lo decidió. Mientras se baña, para dar mayor veracidad a la imitación y a la mentira, piensa en los destinos: salvo ocasionales idas a la playa y un viaje a Nirgua, no conoce nada. Piensa en hacerse buscador de oro. Deliberadamente demora el baño, hasta que la madre se duerme.

Casi está contento. Casi con entusiasmo extrae el cuerpo del hermano del refrigerador. Después de un rato, desiste de enderezarlo. Deposita cuidadosamente el cadáver en la cama de la madre. Acaso la sorpresa acabe con los sufrimientos de la mujer: es un acto confusamente piadoso.

Toma su bolso escolar, donde lleva alguna ropa. Cierra por última vez la puerta, sin dar un vistazo al interior (la luz de la cocina está encendida). Al amparo de una pared espera que la Gorda termine de hablar con un viejo al que apodan el Mono (en virtud de su especialidad laboral: subirse a los árboles para podarlos). En el patio de la Gorda hay muchos manteles: ella trabaja para un señor que tiene una agencia de festejos.

Pasa frente a la casa de las Vampi. Sin querer voltea: no se ve a ninguna de ellas, ejerciendo su oficio favorito, que es mirar por la ventana. Sería capaz de despedirse de alguna, de Natasha, por ejemplo, aunque la apoden Eddie Monster.

En un árbol, que marca el inicio del ascenso, está una lagartija. Como si quisiera espantar sus pensamientos de hace rato, le lanza una piedra al animal. Falla el tiro.

FOTONOVELA

Primera toma (con subtítulos en español)

Paso la fotografía. Veo la que sigue. Ese día estuvimos en el Gran Danés. Yo pedí estación Alemana y ella estación Camoruco. El mío sin mostaza. Dos pepsis. La salsa de tomate me hizo soltar la primera mentada y me vio con cara de sorprendida. ¿Es que no podía entender que ese era un Benetton auténticamente italiano? Luego el refresco, caliente como de costumbre, y un eructo mal disimulado. Es explicable, admisible, justificable, que volteara, que mis labios cayeran en el vacío de aquella tarde de domingo.

Ésta es mía y me pregunto cómo ese niño pudo llegar a ser yo: sólo tenemos en común esa mirada y una familia abandonada un día de septiembre. Esa camisa, con tomates estampados, se quemó en un incendio provocado por mi inocente mano.

Ésta es la que más detesto: no recuerdo su nombre, no sé qué hace ahora; pero si la encuentro le pateo el trasero, como debí haber hecho con el fotógrafo. 7 años, o sea, en el 79. Fue sugerencia de ese imbécil que la morena de vestido amarillo estuviera justo en medio, entre Marlene y yo. Era la oportunidad de tomarle la mano y ver si era tan suave como ese aroma que aún creo reconocer en algunos lugares, algunas tardes. De derecha a izquierda están: María, su hermana, flaca, pálida, bonita pero no tanto; mi hermana, un poco más alta que María, lo cual confirma la imbecilidad del fotógrafo; la niña más dulce que pueda caber en el recuerdo; la gorda de amarillo; yo (aún tenía la nariz arrugada, por el olor a sebo quemado y a limpieza falsa del sacerdote).

Busqué la fotografía porque estaba seguro de haberla visto: casi tan bonita como su recuerdo. También estaba María, con ese

aire de anemia enclaustrada. Ya Marlene no es más alta que yo. Si hubiera tenido la fotografía en ese momento la habría abordado, le habría dicho algo: el título de una canción. Le habría dicho: “Mira esta fotografía: María, mi hermana (le explicaría lo equivocado que estaba el fotógrafo), tú, la gorda, yo. Ves, entre tú y yo no debía haber estado esa gorda morena (sólo a ella, o a la madre que la parió, se le ocurre hacer la primera comunión de amarillo). Una elemental conjunción copulativa, con todas las implicaciones semánticas del caso.” Le hablaría de todos los años con su cara guardada en mi tristeza. Le diría que nunca me gustó que su nombre fuera una marca de pantymedias. Preferiría que hubiera sido de galletas o de mermelada de frambuesas.

Devuelvo la fotografía al montón, respetando la estricta cronología. A veces me han dado ganas de recortar mi imagen y pegarla junto a Marlene. Debería llevar esta fotografía en un libro, por si la encuentro de nuevo. No es tan improbable. “Marlene”, digo en voz alta y miro la pared, donde una cucaracha mueve sus antenas. Debe estar casada. Pienso en la casa donde viven Marlene, su esposo, dos niños gordos. La cucaracha camina un poco y se detiene, moviendo las antenas.

Voy a tomar un zapato para arrojárselo al insecto. En el movimiento se me cae el montón de fotos. Involuntariamente recojo primero esa reproducción aparecida en el periódico, que a pesar del tiempo aún mancha las manos. Yo no tengo otra fotografía tuya, aparte de ésta. Si te hubiera conocido primero no te habría llamado mi mermelada de frambuesas a las tres de la tarde. A ratos eras más bonita. Nunca vas a ser una vieja llena de varices azules, como Marlene después de algunos niños gordos. Yo tomé tu imagen y tu recuerdo y los preservé, de todo, del tiempo, hasta de ti misma.

Segunda generación

Lo primero que hago al llegar es buscar el cuaderno. Al pasar miro el teléfono, preguntándome si alguien habrá llamado. El olor a pólvora parece líquido, de tan intenso que lo percibo. Me veo de reajo en el espejo, a ver si algo cambió. No recuerdo en qué momento me limpié la gota de agua sucia. Se secó o sólo lo imaginé.

Este cuaderno es muy cursi para lo que escribo: en la portada está Garfield, acostado en un pupitre, con un libro de historia (dice *History*) sobre su cara. Estoy buscando una frase que recordé hace rato. Salto las primeras páginas, estrujándolas. Me detengo:

*En la batalla entre tú y el mundo, toma
partido por el mundo Kafka*

Paso otras páginas. Esta la dejé casi sin escribir. En lápiz dice que sonó el teléfono en ese momento. Ésta de Bucowsky no sé por qué la anoté:

*Mi alma borracha de cerveza es más triste
que todos los árboles de cortados en el mundo
entero*

A ésta le he reservado una sola página, en letras muy grandes:

*El metálico rumor de suicidio que nos anima
cada madrugada. García Lorca*

No sé dónde está la que busco, ni cuál es. Pero sé que cuando la encuentre sabré que ésa es. Voy pasando las hojas. Ya siento un poco de sueño. Paso las páginas tan rápido que sólo alcanzo a leer algunas palabras sueltas. Voy al final del cuaderno. No puedo recordar lo que quería anotar. Pero se me ocurre otra cosa:

Todo lo que hice fue tomar tu imagen y tu recuerdo y preservarlos, de todo, del tiempo, hasta de ti misma.

Debería comprar una grabadora. Me voy a dormir. Espero poder hacerlo. Un gallo canta, lo cual me extraña, en esta zona tan urbana. A lo mejor lo imagino, o ya estoy dormido. Deben ser las cuatro. No quiero abrir los ojos para ver el reloj, con su insolencia roja diciendo la hora. Me da flojera seguir tratando de recordar la frase perdida, me dan ganas de ser un balcón al pie de cada tarde que cae.

Una mujer mira el río

Esa mujer ya no mira el río sino un bulto, una sábana blanca que envuelve algo. El bulto tiene forma y dimensiones humanas. Su inmovilidad, en contraste con la eterna movilidad del río, le otorga categoría de cadáver.

Las ocho menos diez. Tiene tiempo para llamar a quien pueda encargarse de comprobar si aquello es un cadáver. Verónica revisa su bolso: sí tiene una tarjeta telefónica, una que tiene la cara de un tal Aristóteles. En la planta baja de la Clínica hay teléfonos. Cerca pasean unas cuantas personas, ojerosas, con ganas de maldecir al familiar que los hizo pasar tan mala noche. 8591923.

- Aló. ¿Atención Inmediata? Mire, yo no sé si es con ustedes, pero es que creo que hay un cadáver. En el río. Bueno, no sé, no lo he visto. Mire, mejor vengan. Al lado del Museo de la Cultura. Sí. Bueno, yo lo veo desde el puente. No, está loco, sáquenlo ustedes. Verónica. Desde la clínica. No, en el museo.

Primero llega una ambulancia de Atención Inmediata. Después Defensa Civil. Uno de los de Defensa Civil baja y mete sus botas en el espeso río. Pero se hunde mucho y, además, había bajado

por la orilla equivocada. El cadáver está más cerca de la otra ribera. Después de una deliberación, baja nuevamente el mismo miembro de la brigada: ya se había ensuciado las botas. Toca el bulto por lo que se supone debe ser el hombro y dice:

—Parece que sí es.

Al oír esto, los curiosos dicen “Uh”. Entre ellos está Verónica, que comienza a creer que en Valencia sí ocurren cosas interesantes. Desde abajo el hombre grita nuevamente:

—Creo que debemos subirlo.

Todos acogen sus sabias palabras con afirmaciones.

Sí, es un cadáver. Los curiosos más afortunados pueden ver que es una mujer, blanca, de cabello largo, desnuda, con sangre coagulada sobre el pecho.

La ambulancia se va con la sirena encendida. Los curiosos tardan en dispersarse. Dos mujeres conversan. Una tiene una grabadora en la mano. Verónica y una periodista.

Al día siguiente Verónica también llega tarde, con un diario en cuya última página está la noticia: un cadáver en el Cabriales. Dos fotos, de mujeres bastante parecidas: una, la reproducción del carnet estudiantil de la víctima, identificada en la tarde por sus familiares; la otra es Verónica. La periodista se equivocó escribiendo el apellido. Pero no importa.

Una ciudad fantasma

Siento un extraño pudor que me impide decir “cadáver”. Lo digo varias veces: cadáver, cadáver. Luego miro, como si esperara una respuesta. En vez de quemar la sábana manchada de sangre, con lo cual sólo llamaría la atención de los vecinos, mejor la uso

para envolver el cuerpo y uso el yesquero para un Lucky. Aún resuena en mi cabeza el disparo. Alguien habrá oído.

Dicen que el alma de un ser humano pesa no sé cuántas fracciones de gramo. Me da la impresión de que ahora el cuerpo pesa más, más de los cuarenta y nueve que declaraba muy ufana. Se me ocurre subirla en la balanza del baño, pero no lo hago. Estoy indeciso: no sé si la maleta o el asiento de atrás. Me decido por el asiento de atrás. Así no se llenará de grasa, la detestaba.

Salgo a abrir el portón. La calle está desierta, la ciudad duerme. El aire está como detenido, parece estar oxidado.

Subo a la Bolívar por los lados del Ateneo. Antes había un reloj en aquel edificio. Hoy es domingo o lunes, no sé, creo que ya son las dos. Un lunes a las dos de la madrugada Valencia es lo más parecido a una ciudad fantasma.

Sigo hacia el norte. Casi extraño el habitual puterío trasnochador, los recogelatas. Llego a la Redoma y sigo hacia la autopista. Comienzo a arrepentirme, pero no por remordimientos de mi conciencia moral sino por la complicación que significa deshacerse del cadáver, bueno del cuerpo. Perdón, no quise decirte así. Pero ya tú no puedes perdonar. Perdón.

Vuelvo a entrar en la ciudad, por el distribuidor San Blas. En la avenida Lara se ve uno que otro taxista con la remota esperanza de una carrera. Por aquí no se puede. Decido ir hacia Los Nísperos. Comienzo a recorrer muy suavemente las calles. No hay nadie. Valencia es una ciudad fantasma.

Me da la impresión de estar entre paréntesis, un paréntesis dentro de un sueño. La realidad adquiere dimensiones absurdas. Decido combatirla, enciendo la radio. En esta ciudad a esta hora ni los fantasmas salen.

No sé por dónde me he metido, de pronto estoy en una calle de ésas que salen en las fotografías color sepia. El fósil de un volkswagen circundado por gaveras de refresco.

Otra vez en la Bolívar. Deben haber pasado cuarenta o cincuenta minutos. Me inquieta pensar que alguien pueda llamarme por teléfono y no me encuentren y después. Pero todo el mundo duerme a esta hora.

Unas palabras van y vienen por mi cabeza. El decoro de tu ausencia o tu ausencia indecorosa. Veo un edificio que tiene balcones pentagonales. Ganas de ser un balcón detenido al pie de cada tarde que cae. Las anotaré en mi cuaderno. Espero no olvidarlas.

Paso por un lado del Museo de la Cultura. Esta es la calle Independencia, creo. Detengo el carro y veo hacia todos lados: la ciudad fantasma es una constante metafísica. Pesa, más de cuarenta y nueve. La dejo caer desde el puente. Junto con el olor, que es como una enorme víscera de pescado muerto, siento que se levanta una columna de agua. Siento que una gota del río me salpica la mejilla, como una lenta lágrima sucia.

Click

Pero no importa, así estás bien. Desangrando tu cabellera en mi almohada. Click. Click. Click. Pero no importa, así estás bien. Durmiendo y a punto de soñar. Click. Tus ganas de llorar cuando tu mamá te hizo ir a clase con el vestido de reina de carnaval. Click. Sé que estás soñando con el color naranja. No te pareces ni a Sondra Locke ni a Winona Ryder. Pero no importa, así estás bien. Antes te parecías un poco a Malú Mader. Click. Tú, descomponiendo de una patada el racista enfrentamiento de mi tablero. Una partida de Fisher. No aparecen más imágenes y es como si la memoria hiciera silencio. Te imagino en la plaza, a punto

de pedirme que te compre un helado. Como te has portado bien, tomo otra foto. Click. Miras a lo lejos. Salió un poco borrosa. El Mediterráneo. Invierno. Click. Tienes una pañoleta y unos lentes oscuros, como los que habría usado Marilyn para ir al entierro de JFK. Esos guantes de piel son muy balzacianos para mi gusto. Mejor te los quitas y pedimos un vermut. Pareces tu propia estatua. Click. Un retrato de tu palidez flaubertiana. Click. Uno de tu aire de tulipán distraído. Click. Te despiertas. Preguntas qué voy a hacer con este revólver. Es que no tengo cámara. Tú sabes, los chinos inventan mucho. Me oigo soltar un discurso que me sé de memoria porque lo he practicado muchas veces:

—Tú eres la única persona que me quiere, por eso sé que no vas a fallarme. Desde que era un niño siempre me ha obsesionado, más que la muerte, qué hay después. He decidido matarte, pero antes tienes que prometerme que vas a regresar y vas a contarme.

—No, no jures pensando que no voy a disparar. Ya está decidido. No tienes que llorar. Los que lloran son lo que quedan vivos. Ves, yo no lloro (eso no estaba en el discurso original, pero me salió bien).

—Yo tampoco quería que esto pasara, pero yo te lo dije: búscate otro novio, que yo estoy loco. No jures en vano, que es muy feo.

Sigues llorando, porque sabes que vas a morir, porque sabes que apenas cumpliste 21 años. Estás llorando. Te recuerdo en un sueño: estaba entrando en una casa y una mujer, en ese preciso instante, cortó el cuello de una gallina. Sentí lo caliente de la sangre en la mejilla. Luego apareciste tú, en un recodo del sueño: llorabas, pero no como esas mujeres que abren mucho la boca. Llorabas y te veías tan bonita.

Te miro ahora: no lloras como en el sueño. Lástima. De repente se me ocurre pensar que el revólver no está cargado y que cuando lo cargue ya se me habrán pasado las ganas. Me da la impresión de que todo sucede al revés: primero veo en tu pecho esa mancha roja y luego oigo el disparo: pump o bang o como quiera que se escriba la onomatopeya del sonido de un arma de fuego al ser accionada. Click.

SIN TÍTULO

Estas niñas casi siempre se llaman Nicole, Michelle, Nathaly y tienen seis, ocho, nueve años. Estas niñas casi siempre tienen una tía o prima o hermana mayor que las cuidan y que por eso vive con ellas, viven en una barriada de Valencia, Maracaibo, Caracas, con otros parientes, con sus hermanos, con sus madres que trabajan como vendedoras, secretarias o recepcionistas en una tienda, un banco, una oficina cualquiera.

Estas niñas casi siempre tienen un amigo, algo mayor que ellas, un hombre que las corteja, uno que trabaja en el abasto de la esquina, vive por allí o es amigo de la familia, uno que es casado pero está en proceso de separación, está separado pero aún no le *sale* el divorcio, es divorciado pero tiene unos hijos a los que ve en ocasiones.

Estos hombres ya han tenido sus cosas, con algún familiar, con menores, con animales, ya han tenido sus problemas, por robos de poca monta, violencia familiar y callejera, consumo de alcohol y de drogas. Pero estos hombres son de confianza en la casa de Nicole, de Michelle, de Nathaly, estos hombres entran y salen, almuerzan y cenan, saludan y besan a la niña, diciéndole piojita, pirulina, cotufita.

Estas niñas a veces se quedan solas porque la hermana o prima o tía tiene que salir un momento a comprar algo, llamar por teléfono, pagar la luz, el agua, el alquiler. Estas niñas aceptan, aunque con recelo, acompañar al amigo de la casa, que les ofrece un helado, un caramelo, una muñeca. Entonces estos hombres las violan, las golpean, las matan, acaso no en este mismo orden; a veces también las mutilan, las queman o las entierran. Estos hombres a veces hacen esas cosas sin premeditarlas, sin planearlas,

hasta sin desearlas. Pero aún así, casi siempre a estos hombres los apodan monstruos: el monstruo de Mariara, de la Vega, de los Andes.

A estos hombres después los salen a buscar, la policía, los familiares, los vecinos, indignados, enfurecidos, violentos, con ganas de golpear, matar, linchar, armados o con palos o con puños. En la búsqueda a veces agarran a uno que es inocente o que es culpable de otra cosa. No lo matan, pero le meten candela a la casa, al rancho, a la pieza donde vive. Entre tanto el monstruo corre, huye, se esconde, en una cañada, en un basurero, en unas cloacas. A veces pasa una semana, un mes, un año y el monstruo sigue sin aparecer. Algunos ya lo han olvidado, otros apenas lo recuerdan, muchos ni siquiera sabían realmente quién era, cómo era, qué hizo.

Ha bajado unos kilos, ha perdido cabello, usa bigote, el monstruo, que ya se ha despojado de su apodo, de su condición y de su fama, reaparece en otra zona, en otra ciudad, en otro estado; actúa, viola y mata nuevamente. Puede ser otra niña, pero también un niño, una anciana. A veces son tres, seis, ocho, las víctimas.

Los atrapan como por casualidad, en redadas u operativos. Alguien en la Delegación lo recuerda, no sabe, no está seguro. En fin, viene la madre, la tía, el jefe. Sí, es ése. Le abren un expediente, nombre, cédula, edad, mientras lo golpean, escupen, insultan, perro, maldito, enfermo. Los policías saben lo que le espera, por eso no le hacen más. Lo llevan a Tocuyito, La Planta, Tocarón. Allí los presos, que han visto televisión, oído radio o leído prensa lo están esperando, para violarlo, golpearlo, matarlo, lo mismo que él hizo.

Cuando llega la comitiva lo recibe, con golpes, escupitajos, insultos, enfermo, perro, maldito. Le rasgan la camisa, los pantalones, lo desnudan. El monstruo logra soltarse, correr, esconderse en unos baños. No hay más a donde ir. Allí se llena, se

unta, se embadurna, de orines, de excrementos, de lo que consigue. Y se ríe y los mira y los reta:

—Si quieren me matan, pero no me voy a dejar violar.

Los presos se turnan, para vigilar, para que no se escape, para mantener el asedio. Pasa un día, dos, tres. El monstruo tiene hambre, sed, sueño; siente dolor de cabeza, náuseas, desesperación; llora, gime, se arrepiente. Se levanta, decide salir, les dice:

—Pero no me vayan a matar.

HABÍA UNA VEZ UN CUCHILLO

Le causa pena haber dejado la fiesta, justo cuando la gordita pecosa estaba a punto de hacerse atractiva gracias a las bondades astringentes del alcohol, justo cuando ella acababa de sugerir que bailaran: él dijo que no, que nunca baila, y ella que, por favor, una sola pieza y él, lascivia ética, que sólo baila con mujeres a las que les hace el amor y ella, impudor ginebrino, que le hiciera el amor, pues.

En lugar del aire acondicionado prefiere la fría brisa de la madrugada. Baja la ventanilla y el aire que entra se lleva los ruidos de una emisora mal sintonizada; se los lleva hacia la noche, tan cargada de posibilidades de atropellar un gato (pardo, porque a esa hora).

Se ríe, recordando los chistes que todos, en la fiesta, acompañaban con eructos indisimulables y coreaban con carcajadas hechas de tos, de una tos que llenaba el mantel de goticas de bebidas intuiblemente adulteradas. Se ríe, de las gorditas que son todas facilonas y viceversa, de saber que mañana (u hoy, a quién le importa la diferencia) hay que trabajar, de su esposa, que despertará y le abrirá la puerta, con esa cara de réplica, en porcelana sucia, del dragón de San Jorge.

Trata de recordar y calcular la cantidad ingerida, para sentirse más envidiado por sus compañeros de trabajo, que de lunes a viernes se ven obligados a seguir los devaneos de una telenovela en la que la protagonista se llama Jennifer o algo peor: se crió en una barriada y milagrosamente sus 90-60-90 sobreviven hasta los 18 sin que el embarazo ahogue sus sueños baratos de zapatillas y tinte Igora Royal. Litro y medio de ginebra, tal vez más. No lo suficiente para alcanzar el harapiento estadio del vómito, no lo suficiente

como para simplificarse hasta la indigencia y dejarse caer allí, en la escalera que sube por el jardín hasta la puerta de entrada, custodiada por un par de sillones de mimbre que lucen abominables y esponjosos en la oscuridad.

Persevera en el intento de hacer que una llave entre en una cerradura. La operación se le antoja bastante compleja, le recuerda uno de esos juegos en los que, presionados por el tiempo (que está a punto de clasificarnos como oligofrénicos), tratamos de introducir un cilindro en un rombo.

La transición a la repentina e indeseable luz le permite la conjetura: su esposa ha despertado. Con una facilidad que lo abrumba y empequeñece, se abre la puerta (que chirría interminablemente en la melancolía de la húmeda madrugada).

—¿Sabes qué hora es?— pregunta ella; aunque seguramente al levantarse le dirigió una mirada a la mesita de noche donde su reloj descansa de la cruel labor de estrangular adiposidades; de seguro, al pasar cerca de la cocina, no pudo evitar mirar el reloj que quiere parecer una sartén o viceversa y, también, debe haber visto el reloj de péndulo que está en el pasillo, un reloj desacompasado: para saber la hora real hay que hacer una operación similar a la que se usa para llevar los grados Fahrenheit a centígrados.

—Como las tres— dice él, sin poder sostener aquella mirada que tiene el valor de una coz.

Las siguientes líneas del libreto son muy manidas como para querer interpretarlas; además, tiene sed. Huye hacia la cocina. Las llamaradas del dragón lo buscan: su esposa lo persigue, los gritos lo persiguen. No escucha, trata de no hacerlo; pero algunas palabras se alojan en la cadena de huesecillos.

Tres gavetas hacia la izquierda y una hacia abajo está la que a veces se cae y a veces le recuerda al Dr. Scholl: allí debería haber un vaso. Aunque, sólo está ese cuchillo, que en su mano postula la idea de que el infinito torrente de hastacuándos puede derivar hacia las tranquilas aguas del silencio. De una manera brusca y postiza se vuelve y su esposa ve el cuchillo que le sugiere dejar de hablar, de discutir, de blasfemar, de eructar veneno, de gritar palabras que saben a ajo y a malditoseas.

La mejor forma de continuar con el aire de histrionismo de la escena es empujarla contra la pared, taparle la boca con la mano (izquierda, en la derecha está el reluciente instrumento), para que no hable ni grite ni discuta ni madre que te parió. Con el cuerpo retiene la espaciosa figura mientras, con calculado desorden, tratando de que no coincidan los lugares, hunde repetidas veces el cuchillo, que va desgarrando con un extraño crujir. Así hasta que siente que el cuerpo se pone fofo y los pies dejan de sostenerlo y cae sobre él, con su caliente viscosidad. Se quita ese peso de encima (setenta y nueve, para ser exactos). Se pone de pie y contempla, con fatigoso desdén, a su esposa, el cuerpo de su esposa, el cadáver de su esposa. Deja caer el cuchillo, ensangrentado al igual que el cadáver, al igual que su ropa.

Sin culpa, sin agitación y sin lástima, piensa que, si va a deshacerse del cuerpo, lo más apropiado debe ser un cambio de ropa (hay un prejuicioso y acaso poco pertinente sentido de la corrección en la idea). Con autoimpuesta serenidad camina hacia su cuarto. Una vez allí, la cama le sugiere descansar un poco, antes de tener que mortificar su cuerpo con aquella carga. Se sienta en la cama y se quita los zapatos (le sorprende que estén más ensangrentados que el resto de su vestimenta). Más por negligencia que por verdadero deseo, se deja caer en la cama y se duerme.

Aún no dan las siete cuando se despierta. Lo despiertan unas cacerolas que se golpean insensiblemente en la cocina, cubiertos entrechocando y unas gavetas cerradas con violencia, como para hacer ver que hay disgusto en quien así obra.

Se sienta en la cama, pasándose la lengua por los labios, gustando, como por autoflagelación, un sabor inciertamente bilioso (imagina que así debe ser el sabor de un sapo). Se sujeta la cabeza con las manos: siente que el interior tiene la consistencia del algodón mojado. Le llega un olor de tocineta y huevos fritos, junto con los ruidos (hasta el chorro de agua parece haber multiplicado su volumen).

El espejo lo repite, inmisericorde: su cara es la expresión gráfica, en ojiva de Galton, del sabor del anuro (eje de las abscisas) y el dolor de cabeza (ordenadas). Está terminando de abotonarse una camisa blanca, de una asepsia incuestionable, cuando su mujer asoma al cuarto su cara de aprendiz de paquidermo. Más que una pregunta, parece un reclamo o un reproche:

—¿Sabes qué hora es?— y se queda mirándolo, aunque seguramente ya debe saber la respuesta.

—Casi las siete— le responde, no obstante. No puede evitar sentirse culpable por la inveterada manía de avanzar que tienen los minutos y las horas.

Cuando ella se va, de nuevo a la cocina, él se pone los zapatos, limpiándoles un poco el polvo, usando para ello los mismos calcetines que ya tiene puestos. Siente náuseas. Se promete que la próxima vez comerá algo, para gozar de las virtudes terapéuticas del vómito (si las náuseas son inevitables, pues).

En el comedor huele a café, símbolo de la misericordia humana en estas horas aciagas. En la mesa lo espera un plato de huevos con

jamón, que tiene algo de reptil, viscoso y desagradable. (Parece que ella intencionalmente cocina así, como otra de las mil formas que ingenia para afligirlo.) También lo esperan los gritos de la mujer, defecando oralmente sobre el día y fecha y hora de acepta usted por esposo a.

Se levanta a buscar una taza para tomar café, pero en su lugar vuelve a tropezar con el cuchillo. Esta vez ella está sentada y él no tiene que arrinconarla contra la pared. Fuera de ese detalle, lo demás es igual (“como cuando creemos que repetimos una escena, acaso vivida en una existencia anterior”, podría haber pensado, de haber estado pensando).

Cerca del cadáver de su mujer está el cuchillo, que tiene un aire de remota majestad. Más que la desazón por la escena repetida, más que el remordimiento o la turbación por los hechos, le angustia pensar que el número de cuchilladas pudo haber sido el mismo. Ve el cuerpo y siente algo más confuso que el miedo, más profundo tal vez, que lo obliga a abandonar aquella sala, aquella casa.

Cruza algunas calles que se le antojan fantasmales. Le da igual sentarse en cualquier banco de esa plaza, que luce como cascarón vacío. Pasa algunos minutos sosteniéndole la mirada vacía al busto de un personaje desconocido. La inscripción debajo del busto está hecha en unos signos totalmente intraducibles (al final, en español, se aclara que la pieza y la placa fueron donados por una comunidad de libaneses). Luego observa a un anciano que alterna la labor de recoger las hojas caídas con periódicos y prolongados tragos a una botellita clandestina que desaparece en el misterio insondable de uno de los sacos que cuelgan sobre su hombro.

No sabe qué hacer, en qué pensar. Decide regresar a su casa. Con fingida naturalidad deambula entre la gente, que apurada camina hacia sus pedacitos de status quo. Nadie ve a nadie y nadie

se fija en él ni en su ropa, en la que ya no brilla tan delatoramente la sangre: en realidad las manchas son más bien opacas y escasas (no tuvo que sostener el cuerpo ni, como en la primera oportunidad, éste había caído sobre él).

La casa, en medio de la ramplona mañana, muestra dos detalles que la diferencian del resto, fastidios idénticos repetidos hasta el cansancio del paisaje: la luz del jardín, anómala e innecesariamente encendida, y la puerta, aún abierta. A un lado de la entrada los sillones se aburren como dos personajes de Faulkner.

Traspone el umbral de la puerta y respira el aroma dormido de la casa: hay algo de alfombras polvorientas y de enjuague bucal; huele a huevos fritos, a tocineta y a sangre. Sin intención cierra la puerta de una manera algo ruidosa. Del cuarto sale su cónyuge, que le pregunta:

—¿Sabes qué hora es?

Esta vez él no responde. Ella va a preguntarle por qué (demonios) no había ido al (maldito) trabajo, para poder iniciar tranquilamente sus injurias. Pero él la toma por la gordezuela muñeca y la conduce a rastras a la cocina. Ella insiste en hacer preguntas chillonas, que hacen juego con los adornitos imantados de la nevera. Él trata de pensar en dónde estará el cuchillo: tiene que ser ése y no otro. Un inverosímil silogismo le permite saber que el cuchillo aparecerá en la primera gaveta que abra. Así ocurre: en la primera gaveta aparece el cuchillo, con algo de impudicia y de calma contenida.

No tiene que perder el tiempo tratando de taponar la boca a su cónyuge: ella enmudece sola ante la visión del acero. Él procura ser más metódico: dos o tres cuchilladas deben bastar. Lo hace casi con fastidio, como por cumplir un rito que significó algo alguna vez.

Disca, un poco entorpecido, los tres dígitos. Procura no hablar mucho, dar su dirección exacta y colgar antes de que comiencen las preguntas que la policía juzga necesarias para descubrir en el acto a los que llaman con ánimos de darse una importancia inexistente. Su mano izquierda aferra, con una aprensión casi infantil, la exangüe muñeca de su cónyuge.

No hay tiempo para la confusión, para pensar en la última vez que pudo pensar con coherencia, para un café que necesita urgentemente (habría sido bochornoso tomar el café sin soltar el cadáver: no puede soltarlo). Como para terminar de subrayar lo ficcional de aquella mañana, la policía llega de manera inmediata.

Con una solemnidad y unas precauciones que lucen sobreactuadas, la policía lo conduce, esposado y supernumerariamente custodiado, a una de las patrullas. No echa un último vistazo a la casa. Así no puede ver cómo llevan, a las ambulancias que con sus sirenas llenan el tibio bostezo de la impoluta mañana, uno tras otro, cuidadosamente envueltos como regalos de día de reyes, tres cadáveres.

LOS TRES ENANITOS DEL PARQUE

Hacia finales de los setenta y principios de los ochenta, época en la que yo rondaba los siete años y todavía mojaba la cama- razón por la cual no me ponían interiores-, Valencia era apenas un poco más que un pueblo y *el lugar* para estar era el parque Humboldt, comúnmente conocido como *Parque de los enanitos*. El parque, que aún hoy existe (antes en la salida Este de la ciudad y ahora en el centro), es de una media hectárea, más largo que ancho y bastante sinuoso, pues corre a un lado del río Cabriales y sigue su curso; buena parte del terreno lo que hace es circundar una gran fuente, casi río o casi lago, en cuyo inexacto centro hay una suerte de isla dominada por una caseta, como ésas de los bosques de los cuentos de hada en versión Walt Disney.

En los alrededores de la caseta (de tamaño lo suficientemente grande como para que viva una persona) había un venado (*Bambi*, para ser exactos), que comía de la mano de una Blancanieves; cerca, había unas setas que sufrían de acromegalia; a la puerta de la caseta estaba uno de los enanos (con una pala en la mano y con actitud de ir al trabajo, silbando una tonada). En la pared contigua a la puerta, el segundo enano halaba la cuerda de una campana. El tercer enano (el mudo o tontín) estaba en una ventana del segundo piso de la caseta, oteando el horizonte. En el frente de la caseta había un reloj, que sólo era un adorno o que no funcionaba.

Por qué no estaban los otros cuatro enanos, por qué sólo éstos, qué hacía *Bambi* allí en esa historia, por qué esos setos gigantes, qué clase de gobernante imbécil mandó hacer esta plaza, qué clase de ingeniero inepto la construyó, eran preguntas que no me hacía antes y no me hago ahora, eran preguntas para las que

quizás el valenciano, por lo menos el que iba a la plaza de los enanitos, no se hacía ni respondería nunca.

Recuerdo que, como estaba de moda la película *Tiburón*, me compraron un pequeño escualo de goma, que yo puse en la fuente y lo dejé irse con la corriente. Me fui a esperar que apareciera al otro lado de la caseta; pero nunca apareció: alguien lo robó. Allí también me compraron una máscara como la de los guardias reales que rodeaban al temible Darth Vader y un sable de luz, como el de Luke Skywalker. En dicha época esas contradicciones tampoco parecían afectarme mucho.

Creo que pasábamos toda la tarde en el parque, alimentándonos a base de cotufas, de perros calientes, de algodón de azúcar, de cola Dumbo o de refresco de naranja marca Fanta (que aun existían); mientras había luz diurna volábamos papagayos, hasta entrada la noche, cuando las luces de la caseta se encendían y se alegraban nuestros corazones simples de aldeanos precosmopolitas. Allí yo veía y vi todo lo que podía importarme; tuve todo lo que hubiera querido.

A veces tengo la creencia de que el crecimiento de Valencia ha corrido a la par de mi propia vida; así, cuando yo estuve en edad de querer hacer y ver otras cosas, el parque comenzó a decaer y comenzaron a nacer los centros comerciales. Hacia 1986, época de mi adolescencia, ya existían el Camoruco y el Caribbean Plaza, lugares de moda y de referencia. Eran el ágora en el que yo me reunía con otros rockeros; sobre todo en el Caribbean, donde estaba una de las mejores discotecas de la ciudad, regentada por un disc jockey que vivió en Londres y llegó a ver en vivo a los *Sex pistols* y al legendario Sid Vicious.

Se volvía de a poco al parque, porque todavía uno podía comerse los perros calientes del Gran Danés, cuyo propietario-

Manuel- vivía detrás de la casa de mi abuela y era el padre de la chica más alta y más linda tanto del barrio como del liceo: Vanessa (¿cómo podía ella ser hija y hermana de aquellos seres que más parecían familiares de los enanitos del parque?); también, en otro de los vagones, vendían y aún venden frutas y se toma el mejor, y acaso único, jugo de níspero de la ciudad.

Así las cosas, el monte, las alimañas, los huelepega, las parejitas clandestinas, y la desidia, fueron apoderándose del parque. Un día alguien lo notó, lo hizo notar y se supo: los tres enanitos habían desaparecido, aunque ni el propio Manuel se percató de cuándo ocurrió. Emigraron a un sitio mejor, era la broma común. Iniciar una investigación para dar con el paradero de los enanos era casi tan ridículo como el mismo robo, o como el mismo parque. A mí la noticia ni me afectó. Ya en esa época yo estaba interesado en las mujeres y los cafés, que estaban comenzando a aparecer por diversas partes de la ciudad. Eran los noventa. Yo pasaba de veinte años, trabajaba, vivía solo y era absolutamente feliz e irresponsable.

Cuando me casé por primera vez, los centros comerciales de Valencia ya eran malls donde se podía estar todo un día. Mi principal ocio era la lectura y mis salidas eran para comprar libros, reunirme con escritores amigos, pero evitando, ahora, los excesivamente numerosos y concurridos *cafés* donde lo que se toma es cerveza y se escucha ruido. Ya estamos en el dos mil, yo cerca de los treinta y Valencia hace rato pasó el millón de habitantes, y va rumbo al millón y medio.

En esa época reaparecieron los enanos. Habían estado secuestrados en una casa (lo de casa es un decir), en Bella Vista, donde vivía un indigente que fue arrollado tratando de cruzar la avenida frente al terminal de pasajeros. La vivienda estuvo sola un par de días hasta que otro vago, que intentaba apoderarse del

inmueble, fue mordido por el hambriento y fiel perro, que aún custodiaba el lugar. La gente de los alrededores, molesta por el rancho, los vagos y el perro, mataron al animal y decidieron derribar la precaria edificación.

Así fue como encontraron a dos de los enanos: el que halaba la campana, al cual le faltaba precisamente el brazo con que halaba la campana; el muñón que quedaba así como un costado estaban ennegrecido por el hollín. Y el que llevaba la pala, al cual también le habían sustraído la pala (que no sé si era de metal o de resina, si sería de utilería o se podría usar en verdad como herramienta) y le habían fracturado parte de la nariz y vaciado un ojo.

Si lo había robado el Ñongo (tal era el apodo del indigente fallecido), si tuvo algún cómplice, cómo lo hizo, por qué no se robaron a Blancanieves o a Bambi, si había tratado de venderlos alguna vez (infructuosamente seguro, pues es difícil hallar comprador para tan singular mercancía), si el enano *Tontín* llegó a venderse, serían cosas que nunca sabríamos. Pero, aún en el estado en que se encontraban, los vecinos decidieron restituir a la municipalidad el patrimonio robado, en un gesto de desmañada corrección.

Poco tiempo después, remendados los descascaramientos (pero sin la pala), los enanos volvían a su lugar, que ya no era el mismo lugar. En esos casi diecisiete años de ausencia- tal como he tratado de describir- la ciudad había cambiado notablemente, había crecido y los espacios de esparcimiento ya eran otros. Lo que fuera un lugar donde abundaban los niños con sus familias, ahora en un lugar para los niños sin familia.

No hubo un acto especial al retornar los enanitos a su lugar; todo se hizo con la misma solemnidad (o con la misma falta de) con que se hubiera reparado una tubería rota; no fue un hecho feliz, ni

siquiera para los enanos. El destino del tercer enano, de Tontín, quizás hay sido más afortunado. En fin. Yo ya me divorcié. Ahora vuelvo al parque porque allí queda la sede de la dirección de cultura y yo soy el director. Pienso que podría, dada mi posición, hacer una petición para que se busque o se compre o se mande hacer otra vez el tercer enano. Así quizás todo sería como antes.

POR MI GRAN CULPA

En la entrada norte de la ciudad, además de una encrucijada de caminos, hay una encrucijada de moteles, tres de los más famosos a los cuales después vino a sumarse un cuarto. Por existir primero aquellos tres, el lugar era denominado el triángulo de las Bermudas, ya que allí la gente literalmente se desaparecía. Tristemente célebre también el sitio por las muertes, una nunca esclarecida, la de la famosa miss y modelo Elizabeth Serrano, y otra a medias resuelta, de un profesor de la universidad de Carabobo, Adolfo Aranguren.

En ninguna de estas cosas pensaba Ángel, deslizándose golosamente la mirada por los suaves brazos, hombros, nacimiento de los pechos, de Luisana, y pensando también en las cosas que ya habían hecho y que habrían de hacer. Pero ellos entraban y otro carro salía, un carro demasiado parecido al de su esposa: un *aveo*, cinco puertas, dorado; un ligero descascaramiento en la pintura del parachoques del lado del conductor; la misma placa, ya no podía ser casualidad.

Sus miradas se encontraron cuando ya ambos cruzaban en direcciones divergentes y con sentidos opuestos: uno a la derecha, la otra a la izquierda; uno entrando, la otra saliendo. Un segundo apenas, quizás menos, lo suficiente como para estar seguro de que era ella, de que alguien iba a su lado (y si estaba saliendo con alguien de ese lugar, a una hora a la que se supone que se está trabajando...), un segundo apenas como para estar seguro de que era ella pero como para dudar de si ella a su vez lo habría visto.

No dijo nada a Luisana. No quiso explicarle por qué estaba, repentinamente tan absorto y tan poco dispuesto a sus caricias, juegos e invitaciones; no quiso decirle que ahora en su mente no se

formaban las imágenes de lo vivido con ella, con Luisana (y, por qué no admitirlo, con otras que venían a su memoria y en su ayuda para hacer del momento algo más excitante) sino que imaginaba a su esposa con otro hombre, con otros hombres inclusive: manos y piernas de todas las razas y tonalidades de piel, contoneándose alrededor de aquel cuerpo tan bien formado, gracias al gimnasio que él le pagaba, deslizándose por sus senos perfectos cuya operación él también había costado.

No era justo y Luisana no iba a comprenderlo. La dejó en la esquina cerca de su casa, sin ninguna explicación, ninguna promesa, ningún acuerdo sobre cuándo habría de ser el próximo encuentro. No había, en la mente de Ángel, ninguna preocupación al respecto, sobre su futuro con Luisana. No, con Luisana no había futuro. No había ya ni presente. Pero en esas cosas tampoco pensaba Ángel. Sólo un preguntaba dominaba su mente: “¿me habrá visto?”

Laura, su esposa, sí lo había visto, sí había visto, apenas, a alguien, de sexo femenino obviamente; pero, le habría dolido igual si lo hubiese visto entrar con un hombre a ese lugar, a donde sólo se va a una cosa. No tuvo tampoco el tiempo para detallar a la mujer, para saber si valía la pena, si era, acaso, más linda que ella, si tendría mejor cuerpo, mejores pechos. Fue un segundo apenas, como para estar segura de que era él pero como para dudar de si él a su vez la habría visto.

Esa noche, cuando los dos regresaron a casa, luego de un largo día de trabajo, se saludan con recelo y con rabia contenida. En realidad ambos están muy inquietos como para mostrar molestia. Él intencionalmente evita besarla (“Quién sabe lo que habrás hecho con esa boca, perra sucia”).

—¿Cómo te fue hoy, mi amor?

—Bien, ¿y a ti?— (“qué falso el desgraciado éste, después de haberse revolcado con esa perra viene y me llama mi amor”).

—Bien. ¿Qué hiciste en la tarde?

(“¿A qué viene tanto interés? Él nunca me pregunta. ¿Será que me vio?”)

—Bueno, fui a hablar con la gente de la radio, para lo de la cuña (“no sé para qué le digo; me voy a delatar”).

(“¿Será de la radio, donde trabaja el coño de su madre ése? Qué vaina que no le vi la cara”)

—Ah.

Se hace silencio (tanto en sus palabras como en sus pensamientos), mientras afuera se escucha la lluvia que ha comenzado a caer.

—Y tú, ¿qué hiciste en la tarde?

—Nada, lo de siempre.

(“Ah, sí, ¿lo de siempre? O sea, que siempre te coges a la puta ésa. Qué vaina que no le vi la cara, para saber si es la estúpida ésa de nómina, que no la puedo ni ver; me cae tan mal.”)

Es mejor, piensan ambos, evitar la cena; esa conversación puede ser difícil de sobrellevar. Ninguno de los dos tiene hambre, o dicen o fingen que no tienen. Qué bueno que hoy es lunes, pasan fútbol americano; a ella no le gusta y casi siempre termina tarde. Así no tendrán que verse ni hablarse ni soportarse, incluso hasta la hora de dormir. Afuera llueve aún más fuerte.

Ella, sin embargo, se queda un rato en la sala. Hojea violentamente unas revistas. Está buscando si en una *Cosmopolitan* habrá consejos de ésos del tipo *qué hacer si descubres que tu marido te*

engaña. Aunque harían falta otros del tipo qué hacer si crees que tu marido descubrió que tienes una aventura.

Luego, Laura se sienta en la mesa de la cocina y enciende la *laptop* con la intención de terminar unos presupuestos. Mientras mordisquea una manzana verde piensa: “¿la habrá contactado por Internet? Espero que no haya sido en mi *laptop*, porque es mía, yo me la compré... A lo mejor es una de esas mujeres que ofrecen servicios de masajistas, nada serio. Espero... Los hombres son todos unos enfermos... Buscarse una amante... ¿Será porque yo ya no me estoy tomando la pastilla?”

Un ligero parpadeo de la luz de la cocina interrumpe sus pensamientos. Ya no es sólo la intensidad de la lluvia sino de los rayos y truenos. Laura decide suspender el trabajo que ni siquiera había comenzado. Cierra la *laptop*. (“Cuatro años apenas y ya se cansó de mí. ¿Será verdad eso de la crisis de los cuatro años? ¿A quién le habré prestado esa revista?”)

Cuando la luz parpadeó por un momento, Ángel estaba pensando: “¿qué será lo que tiene el carajo ése? ¿Será que yo lo tengo muy chiquito? Ella nunca me ha dicho nada, ni nadie.” Aprovechando que Laura se ha ido a dormir, va a la cocina a prepararse un sándwich.

Casi a medianoche, la reiterada amenaza de interrupción de la electricidad se convierte en un hecho. El partido aún no terminaba, pero faltando 3:16 en el último cuarto, con el balón en manos de Denver y el marcador 21-10, ya se ve difícil que los Steeler remonten.

Ángel entra al cuarto. Antes de acostarse escucha la respiración regular de Laura. (“Se durmió. Debes estar livianita. Te habrás cansado de gozar hoy.”) Laura, aún despierta, lo siente a su lado; parece inquieto. (“Será la conciencia que no te deja dormir. No

creo. Los hombres no usan esa vaina.”) Acunados por el rumor de la lluvia, los dos se duermen pesadamente.

Es Laura la que primero se da cuenta de lo que pasa, cuando se levanta o trata de levantarse para ir al baño y en lugar del duro y frío piso encuentra la fría y no tan dura agua, un río, un lago, de aguas quietas y no tan profundas. Su grito despierta a Ángel:

—¿Qué pasó?

—No sé, papi. ¿De dónde habrá salido tanta agua?

Ángel se levanta también de la cama y se hunde en el agua unos centímetros más arriba de los tobillos. Todavía no hay luz. Salpicando agua tiene que ir a buscar una linterna en el último cuarto. A la luz de la linterna puede verse que toda la casa está así, incluso afuera, la calle al frente, el jardín, el patio, toda la urbanización está bajo casi treinta centímetros de agua. Seis horas continuas de fuertes lluvias colapsaron el drenaje. (“Maldita sea, lo que me faltaba”.)

Ángel le cuenta a Laura lo que vio.

—¿Ahora qué vamos a hacer, papi?

(“Deja de llamarme así; a lo mejor le dices así al carajo ése”.)

—No sé. No podemos pasar la noche aquí. No podemos sacar el agua de la casa esta noche, habría que esperar que bajara el nivel. Podemos dormir en el carro o irnos a un hotel.

Casi sin pensar Laura dice:

—Yo conozco uno.

—Yo también.

COMBO PARA TRES

Ni siquiera la motivaba la idea de que por fin aparecería en las notas sociales de Paréntesis. ¿Cómo escribirían? Marbella, Marbellita, la Beba Antenucci. Ya no la emocionaba. Le daba miedo, o asco, o ambas cosas lo que habría de suceder. Por eso sus dudas, por eso ese pequeño segundo de silencio antes de decir *sí*, un sí tímido, asustado; pero ni al sacerdote pareció importarle y menos aún a su novio (debería aprender ahora a decir *su esposo*), Carlos Morales Morales. Lo único que de seguro tenía en mente el gordo ése era lo que pasaría en la noche, cuando por fin, después de cuatro años de espera, descubriera los tesoros tanto tiempo guardados (para él) por la Beba Antenucci. Eso era lo que estaba pensando, se le notaba en la mirada ávida y golosa, en la forma cómo se frotó las manos, en el beso que le dio después del sí, más baboso que de costumbre, como si estuviera chupándose un mamón.

Con una copa en la mano, detenida a la altura de la barbilla, y el otro brazo caído a lo largo del muchísimas veces alabado traje, pensativa, cerca de la mesa de unos canapés (que parecían hechos más para adornar que para comer) y tratando de apartarse de la gente lo más posible, la Beba Antenucci deseaba morir en el viaje de bodas antes de que el gordo Carlos la tocara (y descubriera algunas cosas también). Y para colmo de males, la agencia encargada de organizar la recepción de la boda había contratado a un chofer que más bien parecía un modelo, parecía el hombre Marlboro, con todo y la sombra de la barba de dos días. Aún debajo de aquel severo uniforme se adivinaba un portento, un potrazo, un salvaje, un semental, un hombre de verdad. El chofer había venido viéndola, a través del retrovisor, a lo largo del recorrido, desde que salieron de la Iglesia de la Begoña hasta que llegaron al salón de

Fiestas del CC Las Chimeneas. Ella lo notó, mientras fingía mirar por la ventana y abandonaba la mano al apretón húmedo y viscoso del gordo.

En estos pensamientos estaba la Beba cuando una voz interrumpió su ensimismamiento:

—No parece usted la novia más feliz del mundo— el que así hablaba era el hombre Marlboro, que se había colado por la puerta de la cocina, y gracias a la elegancia del uniforme (que más bien parecía un traje de gala) y a la cantidad de invitados había logrado pasar inadvertido; aunque no tanto, ya que las mujeres no podían dejar de notar su estatura y atractivo.

La Beba, temerosa, miró primero hacia donde estaba su esposo, riendo las bromas estúpidas y los chistes, rodeado de sus amigotes, más bien de su séquito de chupamedias que le seguían a todas partes, aprovechándose de su dinero, de su generosidad, de su dispendio y de su estupidez. El gordo Morales es una babosa en frac cola de pingüino, rodeada de hormigas que él cree atentas y serviles pero que sólo lo ven como un bocado. Qué futuro me espera, suspiró, y luego respondió al chofer:

—Es usted algo indiscreto, señor.

—Y usted demasiado linda para ese patán, *señora*.

La Beba no tuvo palabras para contradecir al atrevido galán. Al contrario, volvió a suspirar y aventuró una respuesta a la primera pregunta, o insinuación:

—Sepa usted que es normal que el día de su boda cualquier señorita se sienta algo insegura y temerosa, y que parezca distraída.

—Sí, pero no arrepentida.

—¿Qué le hace pensar eso?

—No, por nada. Pero, ¿lo estás? ¿Te sientes arrepentida?

La primera vez pudo esquivar el ataque, pero éste era más frontal; no parecía haber respuesta: o mentía o decía la verdad, que ya estaba temiendo que comenzara a ser obvia para todo el mundo. Además, el repentino tuteo la tenía azorada. Ya se temía algo. La Beba pareció como despertar y, sin despedirse del insolente, volvió a su grupo de amigas y se confundió en una conversación inocua sobre el lugar donde habían ido de luna de miel las tantas que se habían casado (muchas de ellas ya divorciadas, pero hablar de eso era tabú en una fiesta de matrimonio): Cancún, Florida, lo mejor es un crucero por las indias occidentales, no chica, el Mediterráneo...

Más tarde, cuando volvió a alejarse un poco de algunos grupos, particularmente escandalosos, reapareció el hombre Marlboro, saliendo como de la nada, semioculto por una columna, y continuó su acometida:

—Pero no te preocupes, eso tiene solución; para todo hay solución, hasta para el arrepentimiento.

Los ojos de la Beba brillaron por un instante; no resistió y preguntó:

—¿Sí? ¿Cuál es esa solución? ¿Qué se puede hacer en estos casos?

—Pues lo que hacen todos los presos del mundo, y también los que están a punto de ser apresados a perpetuidad como es su caso: fugarse.

La Beba rió, casi grita:

—¿Qué? ¿Qué me está proponiendo usted?

—No propongo, ofrezco mi colaboración, mis servicios. Yo sólo la ayudo a fugarse y después usted verá cómo me paga.

Detrás de aquel ofrecimiento estaba la sonrisa del hombre Marlboro: la sonrisa de un diablo que parecía saberlo todo, hasta sus más recónditos pensamientos; más allá de aquella sonrisa le esperaba el infierno, o quizás ya estaba en él. La Beba volvió a mirar hacia su esposo: se había desanudado la corbata; el traje se le veía ajado, los ojos inyectados en alcohol, el cabello desordenado, la sonrisa estúpida y babeante; el gordo Carlos era un alcohólico enzimático: con dos tragos ya era Mr. Hyde. Ante ella, el hombre Marlboro parecía un maniquí de la Quinta Avenida.

—Sólo por saber, ¿cómo es el plan?

—Nada del otro mundo, todo sumamente sencillo. Se supone que la novia y el novio salen, en algún momento, no siempre juntos. Nadie los va a distraer ni a detener. Yo estoy esperando en el carro. Usted llega. Nos vamos. Pero no esperamos al novio.

—¿Y después?

—¿Después? Después nada o después todo, libertad, saber qué se siente cuando se ha estado a punto de perderla.

—Hablas como todo un experto, como si ya lo hubieras hecho muchas veces.

—Quién sabe.

Hay una pausa. Se oye una canción de Juan Luis Guerra: “yo sé que soy de tu agrado, no niegues el darme el *sí*”. Es una señal.

—Te espero en el carro— dice el hombre Marlboro.

—¿Cómo te llamas?

—Joaquín.

La Beba no había querido probar ni un pasapalo en la fiesta. No era *su* fiesta, no estaba a gusto. Pero ahora sí. Los besos. Recordó cuando tenía quince y se había fugado del liceo con su

primer novio, un árabe, hijo de árabes en realidad, llamado Julio, de grandes ojeras. Habían pasado la tarde en el Club Ítalo. Se habían besado muchas veces (sin que pasara nada más), casi tantas como hoy con Joaquín, y había sentido la misma hambre. Se lo hizo saber; sólo la parte del hambre.

—Por aquí cerca queda una estación de servicio donde hay un Burguer King.

Allí, en esa estación de servicio detrás de la cual está el Gimnasio Nautilus y frente a lo que hoy es el hipermercado Éxito, estaba yo, casualmente, cuando llegaron y pidieron dos combos. Era imposible no darse cuenta de que algo raro pasaba: no todos los días uno ve a una mujer con vestido de novia comiéndose un king de pollo mediano con papas y refresco. Tiempo después indagué y reconstruí la historia. Llegué a hablar esa noche incluso con el recién cornudo, quien apareció más o menos a la media hora de haberse ido Joaquín con la Beba. El gordo Carlos venía solo; no había permitido que sus amigos lo acompañaran; era algo que sólo él debía afrontar. Tenía el traje aun más ajado. Se notaba que había llorado.

Había seguido el itinerario de la pareja fugitiva. El carro era muy particular y ver a una novia sentada en el puesto de adelante, besándose con el chofer, más particular aún. Donde se paraba y preguntaba, todos le decían, por solidaridad, por lástima, por compasión, por tener algo que contar mañana a los amigos. Cuando llegó al Burguer King lo pude escuchar preguntarle a la cajera. Ella respondió:

—Sí, sí estuvieron aquí; ella andaba con el vestido de novia. Él es un tipo alto... — se abstuvo de decir “buen mozo” por decencia.

—¿Hace cuánto?

—Hace como 25 o 30 minutos.

El gordo consultó el reloj. Luego preguntó:

—¿Y qué pidieron?

—Los dos pidieron lo mismo: un king de pollo mediano con papas y refresco.

El gordo estuvo pensativo un instante.

—Deme uno a mí también.

—¿Lo quiere para llevar o para comer aquí?

El gordo volvió a consultar su reloj.

—Démelo para comer aquí.

LA MAMÁ DE USAIN BOLT

Hasta la primera caseta, el sendero del cerro Casupo, en el norte de Valencia, es de unos 450 metros. Esa caseta fue construida como un acto de piedad para con aquellos que no son capaces de hacer de manera continua el recorrido completo— de unos 1200 metros y unos 45° constantes de inclinación—, sino que necesitan detenerse a tomar aire, agua, inspiración. Algunos incluso se regresan al llegar allí, reconociéndose incapaces de hacer todo el trayecto.

Pero ése no es el caso de Norma. Desde que nació su última hija, Nina, con una parálisis cerebral, Norma está en una y mil cosas a lo largo del día, además del trabajo, el esposo y los otros tres hijos; por eso decidió comenzar a correr porque, según me dijo, se siente como una adulta hiperkinética, que si no desarrolla una actividad física intensa no puede descansar tranquila al llegar la noche, pensando en todo lo que hace y todo lo que tiene que hacer.

A veces corre con la gente de Carabobo Runners, a veces corre con el Athletics club Valencia, a veces corre sola. Entre semana, cuando puede, va al parque Negra Hipólita. Prefiere subir al Casupo los domingos, porque hay más gente y porque tiene más tiempo libre, ya que ese día el esposo se puede quedar un momento con los hijos. Pero hoy aprovecha que es martes 19 de abril, día feriado.

A una persona con una condición física aceptable, como ella, le toma unos 20 minutos caminando para llegar hasta arriba. Ella puede hacerlo corriendo. Su mejor tiempo ha sido 10 minutos 16 segundos. Hoy está dispuesta a superar ese registro. Conoce a alguien que lo hace en 7 minutos. Ella no aspira tanto, pero sí por lo menos bajar de 10. Se siente con el ánimo.

“Hoy no se ve mucha gente”, piensa mientras el sudor comienza a correrle por la espalda. “Tal vez por la hora”: ya falta poco para oscurecer. La gente prefiere, cuando es día feriado, subir en la mañana; o quizás más temprano en la tarde. En cualquier caso piensa que debe apurarse, porque si no la noche la sorprende estando arriba. Una vez le pasó. Sin embargo descubrió que el resplandor de la ciudad permite que, a pesar de la oscuridad, se pueda ver el sendero.

Cuando está llegando a la caseta, dos sujetos asoman, o más bien se levantan como movidos por un resorte, con un brillo de alegría en los ojos, lo que revela que habían estado a punto de rendirse en la espera. Uno es moreno, alto, de complexión atlética y unos brazos que parecen más largos de lo normal. Usa gorra y una franela de rayas que pueden ser amarillas y cafés. El otro es blanco, un poco más bajo y rechoncho. Usa una franela de un color que, cualquiera que haya sido, parece haber sido lavada mil veces; tiene una barba extraña: la barba no le llega a la cara sino que se le queda en el cuello, como un collar.

Eso es lo único que alcanza a detallar de los sujetos, que parecían estar esperando, sentados o acucillados, y se levantaron al escuchar que alguien se aproximaba: las muchas pulseras que usa Norma producen un sonido como de campanilleo. Norma intuye de inmediato qué es lo que alegra a los hombres. En lugar de seguir en línea recta, acelera la carrera y se desvía por otro sendero apenas visible, que parece rodear la pequeña cima sobre la que se asienta la caseta. Uno de los hombres grita (Norma no voltea para saber cuál de los dos es el que grita, no quiere saberlo):

—Párese, señora.

Los hombres corren en bajada hacia donde estaba Norma, pero de inmediato se dan cuenta del error. El sendero por el que

ella va rodea la caseta y reaparece unos veinte o treinta metros más arriba de ésta. Hubiera sido más sencillo esperarla allí, o subir e interceptarla; o que se dividieran y uno de los dos la siguiera y el otro la esperara. No tienen tiempo de pensar sino que se regresan, es decir, suben otra vez y, cuando alcanzan la caseta, ven que la mujer ya les lleva unos sesenta metros de ventaja, quizás un poco más.

Pero los hombres confían en que pueden alcanzarla, por el hecho de que ellos son hombres, y por el hecho de que Norma no se ve como una mujer joven (yo creo que tiene unos 48, pero como se sabe, las mujeres nunca dicen la verdad con respecto a estas cosas). Así que se dan a la carrera detrás de Norma, aún sin tener el calzado apropiado para estas cosas. Norma bendice sus zapatillas Diadora Mythos Trail; y pensar en todo lo que discutió con su esposo por lo costoso de las mismas. Cuando llegue a la casa, si es que llega, se lo va a decir, piensa, volteando por primera vez para comprobar la distancia que mantiene con respecto a los dos sujetos, que aprovechan para gritarle, con voz amenazante:

—Párese, señora, es mejor que se pare.

Norma sigue corriendo. Hay un breve trecho plano, de piedras blancas, como calizas. No es muy largo, pero ella aprovecha para acelerar todo lo que puede. Los hombres no la ven, porque la oculta la cuesta. Ella sin detenerse, toma agua y mira hacia el oeste. Sabe que no puede regresar por el mismo sendero, así que tiene que hacer la ruta larga, para bajar por el Mirador de Prebo, bordeando la mitad de la cadena montañosa que enmarca el norte de la ciudad. Extrañamente, no se siente asustada.

Cuando los hombres, que ya vienen bastante cansados, llegan al trecho plano, ven que Norma va por la mitad de la subida que les

separa desde allí hasta la máxima elevación. Son casi doscientos metros o más. El de la barba exclama sorprendido:

—Chamo, esa vieja sí corre rápido.

El otro no responde sino que, tras recuperar un poco el aliento, se cala la gorra y empieza a correr nuevamente. El de barba pregunta:

—¿Y vamos a seguirla?

El compañero lo mira con odio, pero más que todo por la situación en la que los ha metido esa mujer, que los obliga a tener que hacer ese esfuerzo para tener que robarle nada más un blackberry, que seguro es lo único de valor que lleva encima:

—Claro, esa vieja se va a cansar después de la subida, ya vas a ver.

El otro no está muy convencido, pero aún así también echa a correr. El de la gorra vuelve a gritar, como para darse ánimo:

—Párese, señora, que ya la estamos alcanzando.

Llegan a la altura por donde estaba Norma cuando ellos reemprendieron la carrera: no se ve por dónde va la mujer. El hombre moreno, que parece ser el jefe, está decidido a vengarse de esa vieja desgraciada; ahora no sólo la va a robar sino que la va a violar, está seguro. Se detiene un momento, enfoca la mirada y la ve aparecer, momentáneamente, por entre unos peñascos; el hombre vuelve a gritar:

—Párese, señora, párese.

Su voz es ahora casi suplicante, como si estuviera a punto de llorar. La mujer está lejos, la voz del hombre no le llega, y concentrada cómo está en el camino, para no tropezar y caerse, lo que podría echar a perder la huida, ni siquiera presta atención a otro

sonido que no sea el de su propia respiración o los latidos de su corazón, que le zumba como si lo tuviera en los oídos.

Norma corona la cima; hay otra caseta, pero es de madera, a diferencia de la otra que es de ladrillos. Inconscientemente detiene el cronómetro. Toma ahora algo de Gatorade, que tiene en los botellines de su correa de hidratación. Mira a los hombres, que vienen por allá abajo, bastante lejos como para poder alcanzarla. Además, se nota que no tienen fuerzas: a ratos corren, pero más que todo caminan, incluso se arrastran, agarrándose de las piedras

Toma otro trago y cierra el botellín, colocándolo en su correa. Mira el reloj y se da cuenta de que, gracias a los hombres, ha logrado rebajar en más de medio minuto su mejor tiempo. El cronómetro marca 9:35. Exhala un profundo suspiro y, contenta, como una colegiala a la que le acaban de dar su primer beso, reemprende el camino.

La ruta que sigue ahora no tiene cuestras tan fuertes; hay subidas cortas, de cien o ciento cincuenta metros, luego bajadas de la misma distancia, y así; la inclinación es de unos 20°, poca cosa. Deben ser unas siete cuestras, unos dos kilómetros, hasta la zona por donde se puede bajar hasta residencias el Mirador. Había pensado en llamar a su esposo para que la recogiera allí, pero mejor que no; y tampoco le piensa contar nada, no vaya a ser que no se opongá a que ella siga con sus entrenamientos. Lo que sí le va a contar es que mejoró ostensiblemente su tiempo.

Apoyándose el uno en el otro, los hombres llegan a la cima. El de la barba viene cojeando. Se dobló ligeramente el tobillo. El de la gorra siente ampollas en los pies, pero se guarda bien de decirlo. El de la barba se sienta en un banco de la caseta, para sobarse el tobillo. Se quita el mocasín, las medias no, porque no usa. Tose y dice:

—Voy a dejar de fumar tanta piedra.

El otro se queda de pie, mirando a lo lejos; cada cierto tiempo reaparece la mujer en las subidas y luego desaparece en las bajadas. El de la barba también mira, sin dejar de sobarse. Este último es el que rompe el silencio:

—Chamo, ¿quién era esa vieja: la mamá de Usain Bolt?

La mujer ha llegado hasta el punto donde el camino tuerce hacia el sur. Apenas se ve, con los últimos destellos de un sol moribundo. El de la gorra se demora en responder.

—¿Tú eres marico? La mamá de Usain Bolt debe ser negra, igual que él.

NO HAY QUIEN LE GANE

El día que debió haber sido el más alegre de mi vida se convirtió en el recuerdo más triste que puedo recordar, valga la redundancia. Era la primera vez que iría al estadio “José Bernardo Pérez” a ver un juego del equipo más popular de Venezuela: la novena turca, los eléctricos, los Navegantes del Magallanes. Por aquellos tiempos se había renovado la afición, tanto del equipo como del beisbol en general, pues precisamente los Navegantes venían de ganar la Serie del Caribe, lo que era un hecho inédito para Venezuela.

Todavía recuerdo la algarabía de la gente en la calle, cuando se supo la noticia. Mi mamá salió corriendo a buscar el carro y nos fuimos en caravana, tocando corneta, hasta la avenida Bolívar. En Valencia, cuando hay una celebración, todo el mundo termina en la avenida Bolívar. Lo cierto es que yo en ese momento no sabía bien de qué se trataba la cosa: aún no había cumplido los 8 años, no entendía ni remotamente las reglas del beisbol, no sabía quiénes eran los jugadores, salvo Dave Parker, que era mencionado cada vez que soltaba un batazo de larga distancia. Pero, algo se agitaba en mí cuando decían “Magallanes” (y aún hoy ocurre). Fueron mis primeros héroes.

Después de esa celebración y hasta la fecha de la que hablé al inicio, transcurrieron un par de años, durante los cuales me procuré yo mismo una radio con mis pocos ahorros (siempre he sido ahorrativo), gracias a la cual sufría noche a noche, en épocas de temporada, todos los juegos, en la voz de lo mejor del Caribe, Felo Ramírez. También veía los pocos partidos por televisión, pero dado que era un solo canal el que transmitía, sólo dos días en la semana, y debían alternar para que aparecieran por igual todos los equipos,

no siempre tenía la suerte de ver a mis Navegantes. Así que tenía que conformarme (sé que parece una afición de personas mayores, eso de seguir el beisbol por radio; pero qué le iba a hacer).

Por supuesto, entre los pocos partidos vistos y los tantos escuchados, lecturas de la prensa, conversaciones con los demás, incluso durante los juegos de pelotica de goma en el callejón de la escuela “Brígida Hurtado”, fui haciéndome un gran conocedor del tema. Hasta el punto tal que era el único niño en mi colegio que conocía la fórmula para calcular la efectividad de un pitcher por cada nueve innings lanzados. La descubrí por mí mismo, sin que nadie me explicara, a fuerza de deducción. Y estoy hablando de que sólo estaba en el tercer grado.

Dado que los periódicos siempre tenían retardos en las actualizaciones de las estadísticas de los jugadores de mi equipo, yo mismo, todas las noches, después de cada juego, calculaba los promedios, en un cuaderno en el que llevaba todas esas anotaciones. Al día siguiente, durante el receso, me convertía en una estrella de los comentarios deportivos con mis compañeros, mostrando estadísticas, tendencias, haciendo comparaciones y complicadas proyecciones del rendimiento de cada jugador.

En mi familia no mostraban demasiado interés por motivarme en mi afición deportiva. Hasta me regañaban y me mandaba a dormir si era muy tarde y yo seguía escuchando el juego, sobre todo cuando había un extrainning. Mi deseo de ser inscrito en la escuela de la Fundación Polar se vio frustrado cuando, tras un recorrido en busca de precios, mi mamá decidió que su presupuesto no cubría el costo del uniforme, los tacos, el guante, el casco y otros adminículos para la práctica del beisbol. Me inscribieron en una escuela de básquet cercana. Y yo asistía de martes a jueves porque era mejor que quedarse encerrado en casa. Claro, odié ese deporte; hasta que

cumplí 13 años y descubrí que era uno de los mejores jugadores de la liga infantil; aunque ésa es otra historia.

Un día llegaron a reforzar al Magallanes un par de jugadores provenientes de la organización de los Piratas de Pittsburgh: Joe Orsulak y Benny Distefano. Ambos eran zurdos, jardineros, de terribles brazos; capaces de liquidar en el home a cualquiera que intentara anotar desde segunda con un sencillo. Orsulak jugaba en el jardín central, era rubio, alto, atlético y rápido en las bases. Mi tía y mi mamá se volvían locas cada vez que lo veían en televisión. Benny Distefano, right fielder, se puede decir que era casi lo opuesto: no tan alto ni atlético, cabello negro, más lento en las bases; pero era mi favorito por una razón: jugaba con el 27, el número que considero de la buena suerte, por ser mi fecha de nacimiento.

Este jugador es famoso y aún recordado en Venezuela por dos razones: tiene la marca de más triples en una temporada, con 10, empatado con otro magallanero: Félix Rodríguez. Cuando supe que el triple es el batazo más difícil en el beisbol, se redobló mi admiración por él. También se le recuerda a Distefano por ser un gran pendenciero: no había pelea del equipo en la que no se involucrara; muchas de esas peleas eran provocadas por él mismo, por su forma agresiva de barrerse en las bases o de tocar los jugadores para hacerlos out, cuando estaba cubriendo la inicial. Si un miembro del Magallanes era golpeado por un lanzamiento del pitcher del equipo contrario, Distefano era el primero en salir corriendo del dogout a devolverle la caricia. Yo interpretaba ese comportamiento como un exceso de amor por el equipo. Así que tenía razones de sobra para considerarlo mi ídolo.

El día del que hablo fue durante la segunda temporada de Distefano y Orsulak con el Magallanes. Todo comenzó con la

noticia de que a mi mamá en el trabajo, no sé por qué razón, le habían regalado 3 entradas para el encuentro entre Magallanes y Tiburones de La Guaira. Llegó con esa información a mediodía un viernes, cuando volvió a almorzar. El juego era esa misma noche. Yo sabía que una de esas dos entradas era para ella; la otra para mi tía, porque además de su hermana era su amiga del alma. Pero, ¿para quién sería la tercera?, fue la pregunta que me hice en ese momento, con el corazón en la boca.

Mi mamá almorzó, hizo una siesta y se fue, como siempre, a la una y media, dejándome sumido en profundas cavilaciones: a mi abuelo podría llevarlo, porque a él también le gustaba el beisbol; aunque seguro no querría, porque no recordaba que mi abuelo alguna vez hubiera salido de noche, y el juego era a las 7:45 pm. A mi tío Javier sí estaba seguro que no le iba a decir, porque habían tenido una de sus clásicas peleas. Quedaba mi otro tío, Elpidio, estudiante de medicina; pero sabía que no iría porque estaba enfrascado estudiando Histología. Quedaba mi hermana (un año mayor); y por supuesto yo.

Mi hermana llegó a las tres de la tarde de la casa de mi tía, una hora inhabitual para ella; y supe que algo pasaba. Explico: a mí me dejaban con mi abuela; a mi hermana la cuidaba mi tía Elena, y mi mamá la pasaba a buscar de regreso del trabajo. Mi hermana había estado un poco delicada, tenía anemia, le daban unos mareos y a veces sangraba por la nariz. Nada grave, por supuesto; hoy día es una persona muy saludable. Pero aquella tarde su malestar hizo que todo se decidiera a mi favor. No tocaba más que esperar, a las 6 de la tarde, el bronco sonido del Javelin de mi mamá.

No recordaba haber visto una estructura tan enorme ni había escuchado un ruido tan intenso: miles de voces gritando al unísono, mientras nos acercábamos al estadio; casi se me salen las lágrimas

de la emoción. Nos sentamos en la zona del bullpen de los tiburones: las entradas decían “tribuna lateral leftfield”; eso significaba que no estaría cerca de mi ídolo. Mi mamá y mi tía no paraban de coquetear con los jugadores de la Guaira y pedirles autógrafos; hasta números de teléfonos como que intercambiaron. Había un pitcher, criollo, relevista, de ojos azules, que al igual que mi tía parecía no estar nada interesado en lo que hacía su equipo.

Yo sí, yo no me perdía nada de lo que pasaba en el terreno; grababa cada detalle en mi mente, incluso antes de comenzar propiamente las acciones. La arena tan roja, la grama tan verde, todo me parecía perfecto. Cada lance de práctica en el infield. Veía e identificaba a cada jugador: allá estaba Nelson Rood, un pequeñín que jugo shortstop; allá el gago Olivares, el catcher era Alfredo Torres, en la primera Félix Rodríguez (todo esto lo escribo de memoria, sin necesidad de consultar; tan claro tengo ese momento)... Cuando se escucharon las notas del himno, miré hacia la bandera en las gradas del jardín central, una enorme bandera que ondeaba agitada por un fuerte viento. Noté, entonces, que el cielo se estaba nublando, peligrosamente.

La apertura del primer inning se fue por la vía rápida para el equipo visitante. Magallanes cerraba la entrada. El primer bate era Nelson Rood, e hizo lo que ya tenía acostumbrado: tocó la bola por la raya de primera para embasarse, y lo logró. Detrás venía Alfredo Pedrique; bateó para doble play. El tercer bate era Orsulak. Se ponchó, cosa muy rara en él, ya que era un bateador de gran contacto. Mi mamá exclamó que ese Orsulak era un maleta, para burlarse de mi tía; pero ésta no le prestó atención, pues no dejaba de mirar al pitcher de los ojos azules. Terminó la entrada. Tendría que esperar al siguiente inning para ver batear a mi ídolo, que era el quinto en la alineación.

El cuarto bateador del Magallanes era Alfredo Torres, que terminó esa temporada como líder en jonrones e impulsadas. Dio un foul fly que capturó el segunda base llegando casi hasta la zona intermedia entre el coach de primera y el cátcher: tan alto había sido el fly y tanto la había movido la brisa. En su primer turno Distefano dio una larga conexión que capturó el jardinero central, Raúl Pérez Tovar casi en la pista de seguridad, en terreno intermedio del center-right. Cuando sonó el batazo, ocurrió eso que sucede habitualmente en los juegos: el golpe seco del madero al entrar en contacto con la bola, un ligero silencio y luego se suelta el ah de todos, al mismo tiempo, mientras se levantan de sus asientos, recorriendo con la mirada ávida la trayectoria del batazo. Luego, cuando el jardinero muestra que tiene la pelota en su mano, todos hacen otra vez ah, pero con desaliento, y vuelven a sus asientos.

Se puede decir que hasta la primera mitad fue un juego de pitcheo, con poco movimiento en las bases. En el cuarto Distefano conectó una línea seca entre el inicialista y la raya. La pelota se internó por la zona de foul del right, pero se metió en una canal: doble por reglas. Creo que fue la primera vez que maldije, pero en voz baja, en toda mi vida: pudo haber sido un triple. Yo tenía la esperanza de verlo batear un triple. Para mí, en esa época, era el batazo más importante. Más que un jonrón. Distefano se quedó esperando remolque en la intermedia.

En el quinto inning comenzó el despiadado ataque de los Tiburones, se soltaron los bates de su temible toletería que le llevó a dominar la liga durante esa década de los '80. La fiesta la comenzó Norman Carrasco, con su peculiar estilo de batear, abriendo mucho las piernas y poniendo los codos casi a la altura de la cara y el mango del bate sobre su frente. Luego siguieron los Salazar, el ya mencionado Raúl Pérez Tovar, Juan Francisco Monasterios... puros criollos. En esa época los Tiburones eran tan buenos que no

necesitaban tener importados en su alineación, sólo algunos pitchers. En total pisaron el home cinco veces, dando vuelta a la batería y dejando dos hombres en base.

Pero el Magallanes respondió en el cierre de esa misma entrada: base por bolas para Alfredo Pedrique, un largo doble de Félix Rodríguez por el center-right, que salió de un bote hacia las gradas: doble por reglas, por lo que Pedrique no pudo engomarse; luego un sencillo del gago, pero Rodríguez no anotó desde segunda por su lentitud. Pisó el home fue gracias a un wild pitch. Y no sucedió nada más. Iban 5-2 y estaban en el quinto. El sexto fue de trámite.

En la apertura del séptimo ya habían comenzado a caer las primeras gotas, de manera muy tenue, pero continua. Miré instintivamente hacia la bandera. Lucía ahora caída, como si también se hubiera contagiado de mi ánimo, y creo que el de todos, salvo el de mi tía, que no dejaba de hablar con su pitcher. En el haz de luz de los potentes reflectores se veía la fina cortina de lluvia, claramente definida cada línea de agua, como si fueran más bien las rayas de un dibujo o de un grabado.

En el entreinning arreció un poco. Hubo un momento de deliberación de los umpires con el manager de La Guaira primero y con el de Magallanes después. En algún momento escuché que un señor conversaba con mi mamá y le decía que ya había juego legal, y que si Magallanes no bateaba, estaba todo listo. “No es justo”, pensé. Y agaché la cabeza, mientras las gotas de lluvia corrían por mi barbilla. La lluvia se mantuvo con la misma intensidad durante el cierre de la entrada. Pero el marcador también.

El Magallanes salió a cubrir al campo para el inicio del octavo. Parte del público se había ido, otros se habían refugiado en la zona de las escaleras de acceso a las gradas, donde podían resguardarse

de la lluvia y ver por lo menos una parte de lo que acontecía. Mi mamá y mi tía estaban en una de esas zonas, y me gritaban para que me acercara. Yo no me quería mover de donde estaba. Aún había esperanzas, creía yo. Pero la lluvia comenzó a arreciar, poco a poco. Cada segundo me mojaba más y más.

El último out de la apertura del octavo fue un fly que capturó Orsulak en el jardín central. El chief umpire hizo una señal que no dejaba lugar a dudas. Ya no había para más. Fin del juego. Victoria de La Guaira. Ese era el momento que parecía estar esperando la lluvia para terminar de desparramarse. Se soltó una cantidad de agua que de verdad no he visto en Valencia más que en otras dos ocasiones.

No había nadie más en los graderíos, sólo yo. En el campo todos habían desaparecido, incluyendo a mi ídolo, Benny Distefano. Aunque no lo vi, en ningún momento, correr hacia el dogout del Magallanes. Orsulak permaneció como un minuto parado en el mismo lugar donde capturó la bola. Luego caminó lentamente hacia el bullpen de los Tiburones, que le quedaba más cerca. Mientras caminaba miró hacia la grada y vio a ese niño allí, mojándose. Se detuvo un instante. Se quitó la gorra y saludó. Luego entró. En ese momento comenzaron a apagarse, una a una, las luces del estadio.

CRÓNICA DE LAS ISLAS FEROE

08 de septiembre de 2002. Despacho del Primer Ministro Eyja-Skeggjar

En el despacho del Primer Ministro de Islas Feroe conversan éste y el presidente de la federación de fútbol, Pál Tórshavn. El Primer Ministro luce muy alterado, está completamente colorado, como una langosta.

Primer Ministro: 27 a cero, esto es inaudito, inadmisibile. Ni siquiera la República de San Marino ha tenido un resultado tan malo, a pesar de que ellos juegan con un equipo compuesto por no profesionales.

El Primer Ministro arroja sobre el escritorio un periódico, donde se lee en claro danés y con una tipografía gigante: vergüenza nacional. El presidente de la federación de fútbol se estira un poco el cuello de la camisa, distiende el nudo de la corbata, como si eso lo fuera a hacer pensar mejor.

Primer Ministro: explíqueme, ¿cómo es su plan? ¿Cómo vamos a superar esto y lograr la clasificación para un mundial?

Presidente de la federación (aclarándose la garganta): por ahora, no hay más que hacer (hace una pausa esperando la reacción del Primer Ministro, pero éste sigue con los ojos clavados en el periódico)... Es un plan a largo plazo, unos ocho o diez años (nueva pausa; el Ministro no dice nada)... En primer lugar vamos a contratar al exitoso entrenador serbio Bojan Petrović.

Primer Ministro: ¿y no está retirado?

Presidente de la federación (ahora con más seguridad): sí, pero él siempre quiso llegar a un mundial, y sé que si le ofrecemos un buen incentivo, se hará cargo de nuestro proyecto.

Primer Ministro (sentándose por fin, mientras se desabotona el chaleco): continúe.

Presidente de la federación: luego, yo, junto con el señor Petrović, digo, nosotros, recorreremos diversos países buscando niños con talento; y créame que el serbio es un diablo para reconocer el talento aún en los más pequeños. No sé si sabe el caso de esta estrella del fútbol alemán...

Primer Ministro (haciendo una seña con la mano para que el otro calle): ya conozco la historia.

Presidente de la federación: bueno, como decía, buscaremos a niños con talento, les ofreceremos incentivos a las familias para que vengan a vivir aquí, y los nacionalizaremos por supuesto.

El Primer Ministro parece como dudar. El otro sigue con su explicación, argumentando y adelantándose a las posibles objeciones.

Presidente de la federación: eso es lo que hace la mayoría de las naciones: ¿de dónde salen todas esas medallas de oro de Estados Unidos? Son descendientes de africanos. Y Alemania, fíjese en Alemania, ahora con ganeses y turcos...

El Primer Ministro lo vuelve a interrumpir.

Primer Ministro: ¿podría dejar poner de poner como ejemplo a la nación que nos humilló con 27 goles?

Presidente de la federación: sí, sí... verá...

El Presidente de la federación continúa con su explicación. El Primer Ministro comienza a mostrarse interesado, luego al parecer más complacido da señas de aprobación. En un momento dado, toma el periódico y lo arroja al cesto de la basura. Al cabo de unos minutos llama por el intercomunicador a su asistente. Se levanta y

le da a entender al presidente de la federación que ha concluido la reunión. Al despedirse le palmea la espalda.

Primer Ministro: vaya, vaya por el mundo; visite Brasil, recorra Senegal, Costa de Marfil; vaya, cuenta con mi apoyo y el de la Reina, y también con los recursos.

Marzo 2004. Despacho del Presidente de la federación de Fútbol de Islas Feroe

En el despacho del mencionado conversan éste y un hombre de cabello casi blanco y gruesas gafas. Es el exitoso entrenador serbio Bojan Petrović. Petrović tiene en sus manos un sobre, de donde extrae unas fichas rellenas con bolígrafo azul. Junto con cada una de cada una de las fichas se observan fotografías de niños, en edad cercana a la pubertad: son delgados, morenos; visten uniformes diversos equipos de fútbol; aunque los uniformes se ven en la mayoría de los casos bastante sucios.

Bojan Petrović: son estos diez. Sólo no pude conseguir un portero, porque no tengo tan buen ojo para eso. Pero sé que con estos diez futuros *cracks*, no vamos a necesitar un portero.

Presidente de la federación de Fútbol (frotándose las manos): ¿ahora qué sigue?

Bojan Petrović: encárguese usted del traslado, los papeles y de las familias, yo debo mover a mis contactos para poner a estos niños en las escuelas y canteras de los grandes equipos.

El Presidente de la federación de Fútbol hace un gesto de sorpresa.

Bojan Petrović: claro, no creerá que estos niños van a desarrollar su talento aquí, jugando contra los locales; tienen que tener mucho roce, jugar contra los mejores es lo que nos hace mejores.

El serbio sonrío, entrelazando sus dedos. El Presidente de la federación de Fútbol asiente, admirando la sabiduría del entrenador.

Diciembre 2011- mayo 2012. Titulares y notas de prensa

Berlingske: “Islas Feroe con un equipo juvenil vence al campeón de América”

Gran sorpresa en el fútbol. Islas Feroe, con un equipo compuesto por una plantilla de jugadores de 20 años, vence a una Uruguay que lució perdida en el campo. Si bien se trata de jugadores que militan en grandes clubes europeos y son estrellas de los mismos, los jugadores de Islas Feroe en su primer gran compromiso internacional supieron estar a la altura de la situación. Encabezados por la nueva sensación del fútbol inglés, el Minho, como se le conoce...

Sosialurin: “Islas Feroe da nueva sorpresa y vence a Portugal 3-0”

Islas Feroe dio la campanada y venció 3-0 a Portugal. Diogu marcó el primer tanto de su equipo en un tiro de esquina. Los otros dos fueron cortesía del delantero del Arsenal, Minho. Los locales fueron muy superiores y, por ende, merecieron la victoria; aunque los primeros minutos ambos equipos se cuidaban mucho. Tanto así, que hasta el minuto 25 ni feroeses ni portugueses habían creado ocasiones claras. La primera oportunidad de Portugal llegó cuando Oliveira hizo un disparo cruzado desde la derecha, que fue despejado por el portero feroés.

Esto pareció despertar a los locales, quienes con el paso de los minutos fueron tomando confianza, entrando en un ritmo rápido que los lusos tuvieron dificultades para controlar. Principalmente, gracias a las escapadas del extremo izquierdo Mamadou Ba. Islas Feroe comenzaba a ser más vertical, y aunque sus contraataques

llevaban peligro, eran detenidos por la zaga ibérica, hasta el momento del gol...

24timer: “Islas Feroe sorprende a Alemania y celebra triunfo histórico”

El cuadro feroés supera por primera vez al elenco teutón, en un historial donde los alemanes dominaban claramente tras 29 encuentros disputados, con sólo victorias para los germanos...

Metroxpress: “Islas Feroe vence a la historia”

Don Balón: “Mamadou Ba claro candidato al balón de oro”

Agosto 2012. Oficina del Primer Ministro de Islas Feroes Kaj Knudsen

El Primer Ministro mira por la ventana, a lo lejos. Tiene las manos trenzadas a la espalda y luce como un poco encorvado, por el peso de los años y de las circunstancias. Sentado a la mesa, mirando al piso, está quien ha sido presidente de la federación de fútbol durante los últimos diez años, posiblemente hasta el día de hoy.

Primer Ministro (volteando hacia donde está el presidente de la federación de fútbol, Pál Tórshavn): ¿de modo, me dice usted, que a un mes de las eliminatorias, no podremos contar con ninguno de estos jugadores?

El presidente de la federación agacha aún más la cabeza, y no responde.

Primer Ministro: ¿con ninguno de ellos?

El presidente de la federación: bueno, por lo menos en el caso de Minho el problema es una tendinitis.

Primer Ministro: ¿y quién fue el responsable de todos esos contratos que permiten a los clubes disponer de nuestros jugadores,

restringiéndoles su participación en las eliminatorias e impidiéndoles representar a su país?

El presidente de la federación: usted sabe.

Primer Ministro (gritando sin gritar): quiero escucharlo de usted.

El presidente de la federación (ya tiene la cabeza casi enterrada, como un avestruz): fue Bojan, Bojan Petrović.

El Primer Ministro esboza una risa sarcástica, mientras niega con la cabeza.

Primer Ministro: ¿y dónde está ese viejo zorro croata?

El presidente de la federación: serbio.

Primer Ministro: como sea.

El presidente de la federación: renunció, renunció ayer; o desde la semana pasada. Envío un mail con su renuncia, fechado en Inglaterra.

Primer Ministro: ¿Inglaterra?

El presidente de la federación: sí, va a ser el nuevo director del Man U.

El Primer Ministro se acerca a la mesa y hace uso del intercomunicador. Sin despedirse siquiera le hace una seña a Pál Tórshavn para que abandone la oficina. Este se levanta y sale.

Septiembre 2012. En un pub cualquiera

Pál Tórshavn, expresidente de la federación de fútbol de las Islas Feroes y ahora jubilado que viene todas las tardes a este pub a jugar dardos, desenrolla un ejemplar del Berlingske y lee la primera plana: Rusia 11-1 Islas Feroe. El televisor está encendido y transmiten, casualmente, la misma noticia.

Pál Tórshavn se inclina hacia el compañero de al lado y dice: “por lo menos esta vez no estamos en el mismo grupo que Alemania.”

ÍNDICE

Cuatro palabras hace seis meses/5
El hijo de Jennifer no tiene nombre o ella no es la madre del niño/9
Alba para dos ciegos/13
Sabor a mí/16
Carreño y el kamasutra/20
Tema para deshoras/26
Cristo viene/31
Just call me witch/38
El orden de los saurios/43
Fotonovela/49
Sin título/58
Había una vez un cuchillo/61
Los tres enanitos del parque/68
Por mi gran culpa/73
Combo para tres/78
La mamá de Usain Bolt/84
No hay quien le gane/90
Crónica de las Islas Feroe/98

Rafael Victorino Muñoz
Valencia, Venezuela, 1972.

Narrador y ensayista. Egresado de la Universidad de Carabobo, en Lengua y Literatura, y magíster en Lectura y Escritura de la misma institución, con experiencia como docente en varias universidades de su país. Ha publicado los volúmenes de relatos *Pre-textos*, *Alba para dos ciegos y otras maniobras*, *Relatos*, *Retablos*, *Olímpicos e integrados*, así como los conjuntos de ensayos *Notas y digresiones*, *Compás mayor* y *Apuntes de sobremesa*; y la novela *Manual del sinverguenza*. Algunos de sus trabajos narrativos aparecen en antologías nacionales (*Palabras de anunciación y de otras adyacencias*, *Quince que cuentan*, *Breve manual para reconocer minicuentos*) e internacionales (*Voces con vida*). Ha obtenido premios en diversos certámenes nacionales: Bienal Vicente Gerbasi, Bienal Salvador Garmendia, Rafael Zárrega, concurso de literatura infantil «Panchito Mandefuá». Obtuvo el primer premio en el Concurso Internacional de Novela de Monte Ávila.

NARRATIVA BREVE
COLECCIÓN *Comarca Mínima*

Su vida /Victoria de Stefano
Homenaje a la estrella /Elisa Lerner
El vals de Amoreira/Juan Carlos Méndez Guédez
Retablo de plegarias/Fedosy Santaella
A medianoche/ Rony Vásquez Guevara
Mahmud Darwish anda en metro /Miguel Antonio Guevara
El perro estar/Carolina Lozada
El arquero dormido/Ednodio Quintero
Muerte del filósofo chino y otros textos insomnes /Piero de Vicari
Las malas decisiones /Jesús Ovallos
Los Villa/Jorge Iván Jaramillo Hincapié
Diversidad(es). Minificciones alternas/ varios autores
Miniaturas voraces/Alberto Sánchez Argüello
El ojo de la mosca y más retratos familiares /Alberto Hernández
Cava de minificciones/ José Manuel Ortiz Soto
Maletín de pequeños objetos/Arnaldo Jiménez
Ciudad en ciudades (Ejercicios narrativos)/José Balza
Escribir es la respuesta/ Andrés Mauricio Muñoz
Fotomontajes mínimos/ Roberto Echeto



COLECCIÓN *Comarca Mínima*